



Karl Barth

INSTANTES

Textos para la reflexión
escogidos por Eberhard Busch

Sal Terrae

Colección «EL POZO DE SIQUEM»

171

Karl Barth

Instantes

Textos para la reflexión
escogidos por Eberhard Busch

Editorial SAL TERRAE
Santander

Título del original en alemán:
Augenblicke
© 2001 by Theologischer Verlag,
Zürich

Traducción:
José Pedro Tosaus Abadía

Para la edición en español:
© 2005 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: 942 369 201
E-mail: salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es

Diseño de cubierta:
Fernando Peón / <fpeon@ono.com>

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier método o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1581-0
Depósito Legal: BI-25-05

Fotocomposición:
Sal Terrae – Santander
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Bilbao

Índice

<i>Prólogo</i> , por Eberhard Busch	9
1. ÁNIMO CONFIADO	11
Asombro	13
Dios Grande	14
Risa Consoladora	15
Humor	16
Sostenidos	17
Bajo Custodia	18
Paz	19
Satisfechos	20
Despreocupados	21
Sin Temor	22
Alegria en Dios	23
¡Gracias a Dios!	24
2. EL DIOS VIVO	25
Su Vitalidad	27
Su Grandeza	28
Su Poder	30
Su Elección	31
Su Fidelidad	33
Su Humanidad	34
Su Compasión	35

3. EL PRÓJIMO DEL SER HUMANO	37
El Porteador	39
Navidad	40
Viernes Santo	41
Pascua	42
Su Presencia	43
Su Consuelo	44
Su Exigencia	45
4. LA CRIATURA DESEADA	47
Hierbas y Árboles	49
Peces y Pájaros	50
Compañero Animal	51
Profundo Respeto por la Vida	52
Hombre y Mujer	53
Comunidad de Vida	54
Hijos	56
Juventud	57
La Mitad de la Vida	58
Vejez	59
5. UN MUNDO TRASTORNADO	61
Manos Vacías	63
El Dios Suplantado	64
El Ser Humano Esclavizado	65
Potencias sin Dueño	66
Soledad	67
Punto Muerto	68
Lucha por la Supervivencia	69
Necedad	71
Mentira	72
Estupefacción	73
Enfermedad	74
¡Que se Haga de Día!	75

6. VIDA CRISTIANA	77
Las Puertas Abiertas	79
El Pequeño Suspiro	80
Fe	81
Principiantes	82
Seguimiento	83
¡No Seas Pusilánime!	84
Ponerse en Pie y Andar	85
Competencia Cristiana	86
La Carga del Otro	87
Amor	88
Comunión	89
7. LA CONDICIÓN HUMANA	91
Poder Vivir	93
Tiempo Propicio	94
Aceptar los Límites	95
Dignidad Humana	96
Libertad	97
El Próximo	99
Extranjeros	100
El Instante de la Mirada	101
Hablar con los Demás	102
8. UNA PALABRA SINCERA	103
Contra Corriente	105
En el Brazo más Largo de la Palanca	106
Misión	107
Culto Político	108
Ser Parte	109
Una Palabra Sincera	110
Guerra y Paz	111
Ricos y Pobres	112
Caso por Caso	113
Bien Común	114

9. EN CAMINO	115
La Paciencia de Dios	117
Sábado	118
Trabajo	120
Partida	121
Nuestra Cruz	122
Tentación	123
Pasar	124
Morir	125
Los Predecesores	126
10. ENTONCES VEREMOS	129
La Muerte de la Muerte	131
Esperanza Disciplinada	132
Más Inquieto que los más Inquietos	133
Alegría Anticipada	134
Reflejo	135
Nada se Perderá	136
Ansia	137
<i>Fuentes</i>	139

Prólogo

INSTANTES. Instantes para la pausa o para la apertura. Instantes para respirar hondo, para reflexionar, para asombrarse, para sonreír, para preguntar. Instantes para mirar hacia lo alto y progresar, para cobrar aliento, para estar contento. Karl Barth invita y anima a tener experiencia de tales instantes. Vivió desde 1886 hasta 1968, durante 12 años fue pastor en Suiza, y durante más de 40 catedrático de teología: 15 años en Alemania, y el resto en Basilea, su ciudad natal.

Uno de sus más bellos sermones, pronunciado en la penitenciaría de Basilea con motivo de su septuagésimo cumpleaños, interpreta así el Salmo 34,6: «Alza la mirada hacia Él, y vuestro rostro quedará radiante». Y en su monumental *Dogmática* (*Die Kirchliche Dogmatik*, publicada en 13 volúmenes entre 1932 y 1967) llama a esto el «punto donde radica toda humanidad»: el grande, solemne e incomparable «instante en que entre ser humano y ser humano se llega al “instante de la mirada”, a saber, a que se miren a los ojos y se descubran mutuamente». Quien así piensa puede hablar de instantes colmados y que no pasan: colmados de seriedad, serenidad, consuelo y contemplación ante Dios y las demás criaturas.

En este libro se encuentran reunidos, como en un ramo gratamente multicolor, textos de Karl Barth. Son breves pasajes con unidad interna o pensamientos fragmentarios combinados entre sí, que se han recogido del conjunto de su vasta obra escrita y cuya fuente queda indicada en el apéndice. Ello permitirá releerlos en su redacción original y sin abreviar. Las citas bíblicas que preceden inmediatamente a cada texto vienen determinadas en algunos casos por los textos mismos; en otros, han sido escogidas a ese propósito por el editor. Hacen referencia a la luz que tenía la visión personal que Barth tenía de la vida humana. Los textos pretenden ser para los lectores un saludo que les anuncie un tiempo de bondad.

EBERHARD BUSCH

1

ÁNIMO CONFIADO

ASOMBRO

EN el comienzo de toda percepción, investigación y pensamiento teológicos –y también, y no en último término, de toda palabra teológica– se encuentra un asombro absolutamente específico. Su ausencia dañará necesaria y radicalmente el proyecto entero incluso del mejor de los teólogos, mientras que un mal teólogo no estará del todo perdido para su servicio y su tarea mientras siga siendo capaz de asombrarse. Al asombro se llega cuando se tropieza con un fenómeno intelectual o natural que hasta entonces no le ha «sucedido» a uno y que, por tanto, de momento le resulta insólito, extraño y raro: al principio no sabe situarlo en el marco de las nociones con que hasta entonces contaba respecto de las realidades posibles, y acerca de su origen y esencia sólo le cabe, de momento, preguntar. El asombro que se apodera del ser humano cuando entra en relación con la teología es de otro tipo. De hecho, también lleva al ser humano a sorprenderse y le fuerza a aprender; pero en este caso no se puede decir que éste llegue un día a terminar su aprendizaje, que lo insólito pueda serle alguna vez habitual, que lo nuevo pueda resultarle alguna vez perfectamente conocido, ni que sea capaz de domesticar alguna vez lo extraño. En este caso, el progreso de la ciencia sólo puede significar que la perplejidad y los interrogantes surgidos ante su objeto, es decir, el asombro, lejos de dejar al ser humano alguna vez y en algún sentido, irá progresivamente en aumento. Si este asombro llega a acontecerle realmente, será un ser humano absoluta y definitivamente asombrado.

DIOS GRANDE

DIOS quiere ser engrandecido en nuestra mísera vida humana. ¿En qué consiste este «engrandecer» a Dios? Es algo totalmente simple y, sin embargo, inmenso, que sólo se puede reconocer como un prodigio: que en nuestra pequeña existencia, a lo largo de los días, los años y las décadas en que se nos regala nuestra vida, en que las preocupaciones, problemas y luchas de nuestra vida van apareciendo poco a poco pero de manera continua, nosotros dejamos que Dios sea el Señor.

¿Por qué? ¡Porque él es Dios! No por otra razón; no porque lo consideremos provechoso; sino, sencillamente, porque él es el Señor Dios. Engrandecer a Dios significaría propiamente dejar a Dios ser el Señor, admitirlo en nuestros pensamientos, en nuestra vida afectiva, en nuestra conciencia. La relación es simple: él es el Señor Dios y quiere ser considerado como tal en este momento de mi vida; y yo sólo puedo admitirlo en los lances pequeños y grandes de mi vida como el Señor. Eso es lo que significa «¡Mi alma engrandece al Señor!».

Entonces es también en nosotros lo que es en sí mismo. En esto consiste su gracia: en que no desdeña ser también tu Dios y el mío y, por tanto, ser también ensalzado por nosotros.

RISA CONSOLADORA

CUANDO una persona alza su mirada hacia Él, hacia Jesucristo, le sobreviene una transformación, en comparación con la cual la mayor revolución es una nimiedad. Consiste, sencillamente, en que quien alza la mirada hacia Él, cree en Él, puede llamarse y ser aquí en la tierra hijo de Dios. Es ésta una transformación interior que, sin embargo, resulta imposible que se quede en algo puramente interior. Por el contrario, cuando se produce, se abre paso con fuerza hacia fuera. A esa persona le amanece una gran luz, intensa y constante. Y precisamente esa luz se refleja en su rostro, en sus ojos, en su conducta, en sus palabras y en su manera de comportarse. A una persona así, incluso en medio de sus preocupaciones y sufrimientos, pese a todos sus suspiros y gruñidos, se le causa una alegría: no una alegría gratuita y superficial, sino profunda; no pasajera, sino permanente. Y precisamente esa alegría lo convierte, aun cuando esté triste y sus circunstancias sean igualmente tristes, en una persona de la que, en el fondo, se adivina que es una persona alegre. Digámoslo con franqueza: ha recibido algo por lo que reír, y no puede reprimir esa risa ni siquiera cuando, por lo demás, no tiene nada de qué reír. No se trata de una risa malvada, sino bondadosa; ni de una risa sarcástica, sino amable y consoladora; tampoco es una risa diplomática, como se ha hecho habitual en el ámbito de la política, sino una risa sincera, procedente de lo más profundo de su corazón.

HUMOR

TENER humor significa no ser rígido de una u otra forma, sino flexible. El humor nace cuando reconocemos la contradicción de nuestra existencia como hijos de Dios e hijos de este mundo y somos vivamente conscientes de ello en nuestro obrar. El humor entraña poner entre grandes paréntesis la seriedad del presente. El humor sólo existe en la lucha con la seriedad del presente. Pero durante esta lucha, y en medio de ella, nos resulta imposible, como hijos de Dios, permanecer totalmente serios. El futuro de Dios se presenta en forma de sonrisa en medio de las lágrimas, en forma de alegría con la que podemos soportar el presente y tomarlo en serio, aun poniéndolo entre paréntesis, porque es ya portador del futuro. De hecho, el humor auténtico se distingue del falso en que exige como condición previa el saber acerca del sufrimiento. Y también se distingue por algo en lo que no cabe el equívoco: preferentemente se ejercita, no con respecto a los demás, sino con respecto a uno mismo; y uno ve el paréntesis en el que se encuentra. Por eso es algo que resuelve y libera, y no lleva carga alguna de veneno ni de bilis, aun cuando se dirija contra otros. Quien se ha reído de sí mismo, puede también reírse de los demás, y hasta superará con alegría la prueba definitiva: la de ser objeto de risa; una prueba en la que más de uno, supuestamente lleno de buen humor, suele fracasar de manera ignominiosa.

SOSTENIDOS

PEDRO se hunde, pero no por ello se hunde Jesucristo. Y mientras Jesús no se hunda, tampoco podrá Pedro hundirse del todo, siempre y cuando no olvide esta única cosa: que en ese momento debe confiar total y absolutamente en Jesús. Sí, aun cuando los cristianos, los elegidos de Dios, fracasen, a pesar de ello seguirán siendo los «llamados», y su servicio sigue en pie, lo mismo que sigue en pie su misión. Los mayores siervos de Dios han sido la vergüenza de Dios. Pero no por ello los ha abandonado Dios ni a ellos ni a los suyos. Si somos infieles, él permanece fiel; sólo es necesaria una cosa: que pensemos en ello y que, cuando seamos ya incapaces de salir del paso, gritemos y le digamos de corazón: «¡Señor, ayúdame!». La existencia misma de esta posibilidad, de esta llamada desde lo hondo del apuro —llamada que en realidad no denota más que la misericordia de Dios—, nos lleva a tener que hacer uso de ella. Pues hay que regresar de la prisa a la espera para allí ser fortalecidos para nuevos hechos. Porque, sin duda, para eso permite Jesucristo que los suyos flaqueen, para que se fortalezcan aún más. «Lo asió de la mano». Este acto de asir es el fortalecimiento más espléndido que cabe pensar. Así lo considera siempre el débil. Y este débil es entonces más fuerte que el más fuerte de este mundo. ¡Ojalá estemos dispuestos a aprender a dirigir toda nuestra confianza a esto: «Ciertamente tú eres el Hijo de Dios, tú y sólo tú eres nuestro salvador»!

BAJO CUSTODIA

NO tiene descanso quien ningún desasosiego tiene. No tiene descanso quien es lo bastante perezoso y egoísta para no inquietarse por nada o para mantener el desasosiego a distancia. Una inquietud reprimida no significa descanso alguno. Tiene descanso quien, en medio de la inquietud, se sabe bajo custodia: quien, aun cuando ciertamente no dejará de tener cuidado, no piensa, sin embargo, que tenga que protegerse a sí mismo, sino que sabe que otro lo ha tomado bajo su protección. Descanso tiene quien en medio de toda inquietud se sabe libre. Libre es quien ve perfectamente, e incluso soporta, las barreras que lo cercan por todas partes, pero ve también cómo éstas están salpicadas de puertas y ventanas. Y lo que desde allí fuera le saluda es el libre mundo de Dios que le sale al encuentro, y en el cual puede vivir ya hoy, pudiendo ver a la vez, ya desde ahora, lo pequeña y pasajera que es su prisión y lo grande y eterno que es este mundo de Dios. Descanso tiene quien en medio de la inquietud se sabe atado, ligado a su sitio, a su camino en esta vida, tal como le está asignado precisamente en este momento. Descanso tiene quien conoce algo más alto que sus propios antojos y su propia arbitrariedad, algo más alto que todas esas extrañas ocurrencias que le llenan diariamente los oídos, más alto que las casualidades ciegas que lo empujan de aquí para allá. ¿Quién de nosotros tiene descanso en este sentido? Jesús dice: «Yo os daré descanso».

PAZ

NO se encuentra la paz con experimentos de todas clases, no se le puede dar caza con todo tipo de conocimiento de la vida y del arte de vivir, ni con todo tipo de psicología y astrología, ni con todo tipo de educación y autoeducación, con todos esos hermosos cachivaches que tanto nos gustan. Con todo eso, en efecto, cabe imaginar levemente lo que sería tener paz. Y todo eso ciertamente se puede y se debe utilizar también cuando se ha encontrado ya la paz: igual que los niños, cuando los han llevado a su lugar, pueden jugar y juegan con provecho y ventaja. Lo que no resulta posible es procurarse paz con todo eso. ¿Por qué no? Porque para sabernos protegidos en la inquietud —para tener paz, por tanto— sencillamente debemos saber acerca de Dios. Y saber acerca de Dios sólo es posible a través de Dios. La información acerca de Dios ha de llegarnos por Dios mismo. El perdón de nuestros pecados y la vida eterna nos han de ser otorgados por Dios mismo. Y la condescendencia de Dios es algo que nos ha de suceder. Dicho brevemente: la paz nos la ha de dar Jesús. Y esto es precisamente lo que él nos dice. Precisamente esto es lo que podemos oír de sus labios: «Yo os daré la paz». Podemos oírlo de él mismo, que es la condescendencia de Dios. Lo que él da es precisamente paz. Y aquel a quien él le lo que tiene que dar, tiene la paz.

SATISFECHOS

QUIEN tiene a Dios lo tiene todo, de hecho: probablemente, no como querría tenerlo, pero sí, ciertamente, como Dios quiere que lo tenga y, por tanto, de manera que puede darse por satisfecho. Sólo Dios le basta. El ser humano no tiene gloria propia que le permita la satisfacción. El ser humano es insuficiente. Por eso tampoco puede en modo alguno tener bastante consigo mismo. Pues, indudablemente, sólo es ser humano, no Dios..., ¡y está en contradicción con Dios! Pero quien, amenazado por todo, alza en todo la mirada a la gloria de Dios, queda eficaz y definitivamente consolado en medio de toda esa amenaza. Esta consolación propiciada por la gloria de Dios es la auténtica satisfacción. Precisamente en esto consiste la gloria de Dios: en que Dios no se guarda para sí la plenitud de su divinidad, sino que demuestra y comunica que quiere bastarse a sí mismo siendo nuestro pastor. Allí donde esto se ve y se oye, la única respuesta posible es ésta: «¡Nada me falta!». Cualquier carencia nunca será más que cerrazón nuestra frente a la gloria y, por tanto, resistencia de nuestra parte frente al pastoreo de Dios. Pues la gloria de Dios es el amor de Dios. ¿Cómo llegamos a estar cerrados y rebeldes en este punto? Si ciertamente el Señor es mi pastor, nada me faltará, ni siquiera el estar cerrado y rebelde.

DESPREOCUPADOS

NO es posible creer y vivir preocupado; cuando se cree, sólo cabe creer y, con esa fe, abandonar todas las preocupaciones en el Señor. Si se procede de otro modo, sencillamente no se cree y, de hecho, está uno perdido. Las cosas prácticas tampoco marchan. Uno fracasa también en la realidad. No encuentra ya ningún apoyo. Es ya incapaz de valerse por sí mismo. Reaparecen las largas discusiones y los pequeños apuros, pues vuelve uno a ser lo que era cuando logró abrirse, y pierde de nuevo la fuerza interior y exterior del Señor. Vuelve uno a ser un pequeño hombrecillo, demasiado osado, demasiado poco práctico en su manera de abordar las cosas. Y entonces... bueno, justamente entonces está acabado. La desgracia de la Iglesia consiste, sencillamente, en que los seres humanos siempre han creído demasiado poco. ¡Ah, si hubieran creído siempre intensa y audazmente...! Pero la desgracia fue siempre que en la fe siguieron poniendo la mirada en otro lado, donde la cuestión no era ya Jesús, sino la táctica y el método, el propio yo con sus deseos y su apuro, los seres humanos, el curso del mundo. Si de verdad hubieran creído, ni siquiera habrían tenido que creer tan audazmente. Un grano de mostaza habría tenido fuerza para mover montañas.

SIN TEMOR

¿QUÉ debemos hacer, puesto que los pueblos realmente quieren la paz? Ante todo, no deberíamos tener tanto miedo a las malas intenciones del otro. Naturalmente, en el mundo actual puede uno tener miedo, pero puede también hacer cosas que, sin embargo, no debería hacer. Todo aquel que no hace como si Dios estuviera próximo a morir, y como si el otro fuera a devorarnos de un momento a otro, aporta ya lo suyo a la paz del mundo. Y en segundo lugar: quien no quiera tener miedo debe ser una persona decidida a ver con sus propios ojos, a oír con sus propios oídos y a pensar con su propia cabeza. No debe dejarse convertir en un producto en serie por opinión pública ni propaganda alguna. La paz está tan amenazada porque hay muy pocas personas libres. Una tercera cosa: no tiene miedo quien está totalmente abierto a la preocupación y al apuro de su prójimo y a la pregunta de cómo podría él ayudarle de algún modo, y para ello es capaz de no tomarse tan terriblemente en serio a sí mismo ni sus propias ideas. El peligro de guerra amenaza siempre, debido a que son muchos los que parecen haberse tragado una escoba. ¡Fuera escobas! Quien no es capaz de suspirar con los demás y, para ello, reírse un poco de sí mismo, es un belicista. Y una última cosa: se necesita un gran temor de Dios para querer realmente la paz.

ALEGRÍA EN DIOS

CUANDO hablamos de la obra de Dios, no nos referimos a una tenebrosa fuerza última que sentimos de alguna manera y en algún lugar, ni al destino que, cual férreo anillo, mantiene unido el mundo, ni tampoco a una de esas ideas en las que comendamos lo que para nosotros es el valor supremo, lo mejor, lo excelso, lo bello, lo verdadero. De ninguno de estos dioses podríamos decir: «Mi espíritu se alegra en él». Sólo podemos alegrarnos en aquel al que llamamos «Dios, mi salvador». Así designamos a aquel que ha venido a ayudarnos y que con su sola presencia nos dice que estamos necesitados de ayuda. Sea lo que sea de todo lo demás, él es quien nos ayuda, quien cuida de nosotros, quien nos trae salvación en medio de la desgracia de nuestra existencia. Ése es el Dios salvador. Y en este Dios puede y debe uno, incluso necesariamente, alegrarse. Sobre los otros dioses cabe reflexionar, cabe doblegarse con rostro sombrío ante el destino, cabe correr afanosamente tras consuelos elaborados por uno mismo o seguir con fanatismo las propias ideas. Pero ¿dónde está ahí la alegría? La alegría es lo más raro e infrecuente del mundo. De seriedad y entusiasmo fanáticos, y de celo sin sentido del humor, ya tenemos bastante en el mundo. Pero ¿qué ocurre con la alegría? Esto nos remite al hecho de que el conocimiento del Dios vivo es algo infrecuente. En Dios, mi salvador, nos alegramos cuando lo hemos encontrado o cuando él nos ha encontrado a nosotros.

¡GRACIAS A DIOS!

HAY entre los cristianos demasiadas caras avinagradas y llenas de amargura. No tienes motivo alguno, ni te hace ningún bien, poner esa cara. Eres obra de Dios. Él te creó y te colmó de bienes. Tu tarea, ahora, consiste sencillamente en ser tal como fuiste creado y agraciado por él. Sé desde ahora el agraciado por él y, al serlo, no dejes de cantar la alabanza de Dios, aun cuando no tengas una voz imponente, ni de vivir en la alegría que te han regalado, aun cuando sólo puedas hacerla visible de manera muy imperfecta. No es un arte. Tú también puedes hacerlo. ¡Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo reine y haga que tal cosa suceda entre nosotros, los seres humanos!

Señor, Dios nuestro, no podemos ofrecerte una alabanza digna de ti si tú no nos la pones en el corazón y en los labios, si no conviertes en alabanza tuya nuestra vida entera, todos nuestros pensamientos, palabras y obras, y no los aceptas como una alabanza en tu honor. Te suplicamos que tengas a bien hacerlo así. Y te suplicamos que a todos los cristianos del mundo les sea dado alabarte mejor, más sincera e intensamente que hasta ahora. Te suplicamos que, en medio de la humanidad absolutamente confusa, enemistada y atormentada de nuestros días, te prepares una alabanza nueva haciendo grande el conocimiento de tu misericordia. No tenemos a nadie que nos salve fuera de ti. Amén.

2

EL DIOS VIVO

SU VITALIDAD

UN Dios vivo es un Dios que es realmente Dios. No la quinta rueda del coche, sino la rueda que hace funcionar todas las demás. No un objeto sagrado puesto aparte, sino el que con fuerza se pone en medio de todo cuanto es. No un poder oscuro ubicado en las nubes y ante el cual el ser humano sólo podría ser esclavo o tratar de escapar, como lo hace un malicioso escolar de un maestro pedante, sino el claro poder de la libertad que está sobre todo y en todo y desea ser venerado principalmente en el ser humano. No un pensamiento ni un parecer, ¡sino la fuerza de vida que vence a las fuerzas de muerte de manera tan real como la fuerza de la electricidad o de la dinamita! No un adorno del mundo, ¡sino una palanca que engrana en el mundo! No un sentimiento con el que se puede jugar, sino un hecho que se puede poner en práctica, con el que en toda situación puede uno erguirse sobre los dos pies, del que uno se nutre como de pan, al que uno se retira como a una fortaleza desde la cual hace incursiones, como los sitiados que se atreven a lanzar un alegre ataque contra los sitiadores en todas direcciones. Esto significa un Dios vivo. ¿Te asombras de que algo así sea posible? Sí, ahí habrá muchas más cosas de las que asombrarse. Ahora, al Dios vivo sólo lo barruntamos. No cabe afirmar que lo conocemos, que lo «tengamos». ¡Todo se convierte en torpes suspiros y balbuceos cuando intentamos decir algo de él!

*«Gloria a Dios en las alturas»
(Lucas 2,14)*

SU GRANDEZA

EL Dios de la confesión cristiana de fe, a diferencia de todos los demás dioses, no es encontrado e inventado, ni es un Dios descubierto en última instancia por el hombre; no es el cumplimiento de lo que el hombre de todos modos estaba buscando y a punto de encontrar. Nosotros, los cristianos, hablamos del que ocupa absolutamente el lugar de todo cuanto en otras ocasiones se suele llamar «Dios» y, por lo tanto, desbanca y excluye todo eso y afirma ser sólo Él la verdad. Allí donde se llega a ver al verdadero Dios, los dioses caen por tierra, y Él queda como el Único. Él es el que está por encima de nosotros, y también por encima de nuestros más elevados y más profundos sentimientos, esfuerzos e intuiciones, por encima de los productos del espíritu humano por muy sublimes que éstos sean. Y esto guarda relación con lo siguiente: Dios no es sólo indemostrable e inescrutable, sino también inconcebible. «Dios en las alturas» significa aquel que está cimentado absolutamente en sí mismo y, de ese modo, es real. Aquel que está patente y se hace patente a nosotros, los hombres, única y exclusivamente por sí mismo. Precisamente este «Dios en las alturas» se ha vuelto como tal al hombre, se ha dado al hombre, se le ha hecho cognoscible. «Dios en las alturas» no denota un totalmente Otro que nada tiene que ver con nosotros ni nos atañe en nada, que sería eternamente ajeno a nosotros; «Dios en las alturas», en el sentido de la

confesión cristiana de fe, significa: aquel que desde las alturas se inclina profundamente hasta nosotros, ha venido a nosotros, se ha hecho de los nuestros. Dios en las alturas es el Dios que se muestra como el verdadero Dios y, por tanto, como aquel que en modo alguno está en nuestras manos, a pesar de lo cual nos ha tomado precisamente así de la mano.

SU PODER

EL poder de Dios se distingue de toda impotencia. Existe también un poder de la impotencia. Pero Dios no es impotencia total ni parcial. Se distingue de todos los demás poderes precisamente porque puede hacer lo que quiere. Dios está por encima de todos los demás poderes. Esos otros poderes se nos imponen de manera completamente distinta de cómo lo hace Dios. Dios no es uno más de esos poderes mundanos, ni siquiera el supremo poder de todos ellos; no está limitado ni condicionado por ellos, sino que es el Señor de señores. Y Dios no es el «poder en sí». No se puede comprender quién es Dios desde una elevadísima quintaesencia del poder. Y quien llama a Dios el «Todopoderoso» habla de Dios yéndose lamentablemente por las ramas. Pues el «Todopoderoso» es el diablo. Donde el poder en sí quiere ser autoridad y pretende establecer el derecho, allí nos las tenemos con la «revolución del nihilismo». El poder en sí es malo. El poder de Dios se contrapone a ese poder en sí. El poder de Dios es desde el principio el poder del derecho. Es poder cimentado en el derecho. La omnipotencia de Dios como poder del derecho es el poder del Dios que en sí mismo es el amor. Lo que se opone a este amor es, como tal, injusticia, por lo que tampoco es auténtico poder. El poder de Dios sí es auténtico poder. Este poder de Dios es el poder de su libre amor en Jesucristo, en quien se ha revelado y puesto en movimiento.

SU ELECCIÓN

LO que le sobreviene a la criatura cuando el misterio de Dios se yergue de manera tan conmovedora en medio de su vida con su elección, es en realidad la gracia, la benevolencia y el favor de Dios. Cuando esto sucede, Dios le dice realmente «sí». Y de este modo es, en su certeza, un sí incondicional que precede a toda autodeterminación de la criatura: la predestinación bajo la cual puede vivir en cualquier circunstancia. Nos pone en movimiento, pero no nos precipita en la inquietud. El ámbito de la inquietud es el ámbito que cae fuera de la elección divina por gracia: el ámbito de la criatura que se resiste al amor de Dios. Inquieta ha de estar, ya que con su oposición ha causado su propia caída, y ahora, tras haber soltado el único apoyo posible, busca otro inútilmente. Pero en virtud de la elección divina por gracia, queda a salvo de este ámbito de la inquietud. Con el sí que Dios le dice, queda permanentemente bajo ese sí: sin objeciones, sin segundas intenciones ni reservas, no con una fidelidad temporal, sino eterna. Al producirse la elección de Dios, la criatura deja automáticamente atrás cosas como la cuestión de si ese «sí» tendrá o no validez, la preocupación de cómo, en el mejor de los casos, podrá uno conseguir o conservar ese sí, preocupación que surge a la vista de la imposibilidad, continuamente manifiesta, de vivir por propio impulso desde ese sí. Le han dado un «sí», no tiene ya otra vida, sino la procedente

de ese «sí», pues indudablemente Dios ha dicho ese sí, e indudablemente Dios es Dios. Sólo le queda vivir tranquilamente esa vida tan concreta. Sólo le queda la admiración, el asombro deferente ante el hecho misterioso de que puede vivir esa vida a la que le han dado un sí.

*«Los dones y la vocación de Dios son irrevocables»
(Romanos 11,29)*

SU FIDELIDAD

EL hecho de que los judíos no desaparecieran de la historia universal en el año 70, sino que —precisamente ellos entre todos los pueblos grandes y pequeños de su antiguo entorno— siguieran entonces y sigan todavía hoy existiendo, y con más energía que nunca, tiene su fundamento obviamente, desde el punto de vista del mensaje bíblico, en el hecho de que el designio de Dios al elegir precisamente a ese pueblo, al hacer alianza precisamente con él, es un designio eterno e inmutable. Nada pudo cambiar en la fidelidad de su Dios el hecho de que aquel pueblo fuera un pueblo infiel que desde siempre quiso ser un pueblo como los demás pueblos, tener como ellos un rey y una historia. Precisamente porque la elección y la alianza subsisten —¡pues en Jesucristo éstas no quedan anuladas, sino cumplidas!—, subsisten también los judíos dentro de la historia universal, un pueblo que no es un pueblo y, precisamente por ello, es el pueblo, el pueblo de Dios, con una historia que no es historia y, precisamente por ello, precisamente en su problemática histórica, es la historia realmente humana, la historia del ser humano con Dios. Precisamente porque los judíos son ese pueblo, se puede decir de ellos hasta el día de hoy: «Quien os toca a vosotros toca la niña de mis ojos» (Zacarías 2,12). Y la niña de los ojos de Dios no puede tocarla nadie.

SU HUMANIDAD

DIOS no precisa de inhumanidad alguna para ser verdaderamente Dios. Una divinidad en la cual y con la cual no nos acogiera también inmediatamente su humanidad sería la divinidad falsa de un falso dios. En Jesucristo quedan escarnecidas de una vez para siempre tales divinidades falsas. En él queda decidido de una vez para siempre que Dios no es sin los seres humanos. Lo cual significa que Dios tenga necesidad del ser humano para, como interlocutor suyo, ser verdaderamente Dios. No tiene por qué estar a favor del ser humano; incluso cabe pensar que debería estar más bien en su contra. Pero éste es el misterio en el que él nos acoge en la existencia de Jesucristo: en su libertad, no quiere estar en contra del ser humano, sino a su favor —de hecho, quiere ser interlocutor compasivo y salvador todopoderoso del ser humano—. ¿Acaso Jesucristo no encierra precisamente en sí, como nos atestigua él mismo en la Sagrada Escritura, tanto la auténtica divinidad como la auténtica humanidad? Pues él es el padre que se compadece de su hijo perdido, el rey que se compadece del deudor que no podía pagarle, el samaritano que se compadece de quien había caído en manos de los salteadores. Si Jesucristo es la Palabra de la verdad, el «espejo del corazón paternal de Dios», la frase de Nietzsche de que el ser humano es algo que debe ser superado es una mentira descarada. La verdad de Dios es, entonces, precisamente ésta y no otra: su amor a los seres humanos.

SU COMPASIÓN

LA expresión es mucho más fuerte de lo que esta traducción da a entender. La expresión viene a decir que el apuro y el padecimiento, el error y el desconcierto, el desamparo y la situación de amenaza de esa multitud no sólo afectaban a Jesús, sino que le llegaban hasta el corazón, a lo más profundo de sí mismo. Él les quitó todo eso y lo tomó sobre sí, transformándolo en su propia miseria; cargó con ello y lo soportó en su lugar. Y justamente al hacer esto, se convirtió y fue para ellos —sin limitarse, ni mucho menos, a mirarlos en su obrar y su fortuna con mera simpatía— algo más que un predicador, un pastor de almas, una persona capaz de consolar y exhortar; se convirtió y fue para ellos salvador y liberador: creador de una situación nueva, de una existencia nueva. Y lo hizo compadeciéndose de ellos. La «compasión» es el comportamiento por el que uno interviene a favor de quien tiene necesidad de ello, se muestra disponible para él y actúa en su favor. Jesús es, en este sentido, el ser humano que «practica la compasión». Ésta es su humanidad. Con ello lleva a efecto lo que Dios quiere: que esté por los seres humanos y muera por ellos, a fin de vivir para ellos. Por eso está por nosotros, los seres humanos: porque Dios mismo está por nosotros. Y Dios mismo está por nosotros en cuanto que el hombre Jesús también lo está. En la

humanidad de Jesús se refleja la esencia de Dios mismo. La convivencia y la intensa reciprocidad están primera y originariamente en él, en el Dios trino como tal. Él, Dios, no sólo ama, sino que es el amor. Y precisamente en la humanidad de Jesús se realiza y se anuncia en el mundo como amor eterno.

3

EL PRÓJIMO DEL SER HUMANO

EL PORTEADOR

ESTO sucedió con lo que él como Hijo y Enviado de Dios, y en su nombre, hizo y sigue haciendo por el mundo –a saber, para su reconciliación con Dios– y por cada uno de nosotros –a saber, para nuestra salvación–. Lo hizo y lo hace como el gran porteador, incomparable y verdaderamente único en su clase. Sucedió que fue cargado con todos los pecados, todas las transgresiones, faltas, extravíos y errores del mundo de todos los tiempos y países –incluidos los nuestros–, como si se hubiera hecho culpable de ellos. Sucedió que él no se quejó a la vista de ese mar de horrores ni se rebeló contra tan inaudita y exagerada exigencia, sino que tomó voluntariamente sobre sí toda esa carga, permitió que nuestros pecados fueran sus pecados, y nuestras miserias las suyas. Sucedió que, cargando con todo ese peso, «subió a la cruz». Sucedió que, al morir en la cruz, se llevó esa carga, se deshizo de ella, la hizo desaparecer: liberó al mundo y nos liberó a todos nosotros de ella. Esto sucedió. Pero aún sucedió algo más: en su calidad de gran porteador y, por tanto, en su calidad de ejecutor del amor todopoderoso, resucitó de entre los muertos, vive, resplandece y reina ahora y para siempre por toda la eternidad. Hizo del mundo su reino y propiedad y nos llamó a todos a tener parte en dicho reino; y lo hizo no como conquistador violento, sino en su calidad de gran porteador. Por su condición de libertador nuestro se convirtió en nuestro legislador. Y lo que su ley quiere de nosotros es bien simple: que vivamos como los liberados por ÉL, el gran porteador.

NAVIDAD

EL Salvador ya no necesita nacer. Nació de una vez para siempre. Pero quiere venir a nosotros. El lugar donde el Salvador viene a nosotros tiene en común con el establo de Belén que tampoco tiene un aspecto hermoso y atractivo, sino bastante horrible: nada acogedor, sino realmente lúgubre; nada en absoluto digno del ser humano, sino más bien de los animales. Nuestro albergue orgulloso o modesto —y nosotros como sus moradores— no es sino la superficie de nuestra vida. Allí debajo se esconde una profundidad, un fondo, un abismo incluso. Y allí los seres humanos, cada cual a su manera, no somos más que pobres de solemnidad, pecadores perdidos, criaturas que suspiran, moribundos, seres totalmente desconcertados. Y ahí precisamente viene Jesucristo; más aún: ahí ha venido ya a todos nosotros. ¡Sí, gracias sean dadas a Dios por ese lugar oscuro, por ese pesebre, por ese establo presente también en nuestra vida! Ahí abajo lo necesitamos, y precisamente ahí puede también él necesitarnos a cada uno de nosotros. Ahí somos para él precisamente los justos. Ahí tan sólo aguarda a que lo veamos, lo reconozcamos, creamos en él y lo amemos. Ahí nos saluda. Ahí no tenemos ya más remedio que saludarlo a nuestra vez y darle la bienvenida. ¡No nos avergoncemos de estar ahí abajo, tan cerca del buey y del asno! Precisamente ahí los sujeta a ellos bien fuerte junto con todos nosotros.

VIERNES SANTO

¿**Q**UÉ clase de camino fue el que lo llevó hasta allí, hasta ese instante tan horrible? Fue el camino de Jesús, el camino de Dios hasta nosotros, hasta el tenebroso lugar que a todos nos corresponde por haber abandonado a Dios y seguir abandonándolo continuamente. Enviado por su Padre, Jesús partió y llegó hasta nosotros y, por tanto, hasta ese lugar de la ira y de la ocultación de Dios. ¿Para qué? Sencilla y llanamente, para ser el alcanzado por la ira de Dios y el abandonado de Dios, ocupando el lugar de cada uno de nosotros... ¡de manera que nadie fuera de él tenga que sufrir tal ira y tal abandono! Entró en el abandono de Dios que nos correspondía a nosotros para tomarlo sobre sí, llevarlo y quitarlo de en medio con el poder divino a él otorgado. Con un gran grito, hizo su angustiada pregunta, «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», para que nosotros no tengamos que hacerla. Ciertamente, en ninguna vida faltan instantes, mejor dicho, horas, días, semanas, quizá años, en los que nos parece imposible defendernos del pensamiento de que Dios nos ha abandonado —a nosotros, que tan a menudo lo hemos abandonado a él—. Pero nos equivocamos sin remedio cuando sentimos y pensamos así. A la luz del Viernes Santo, el abandono de Dios sólo puede ser ya una sombra, un horrible recuerdo, un mal sueño. Bien podría ser verdad que Dios nos hubiera abandonado, pero no es verdad, ni para ti, ni para mí, ni para nadie.

PASCUA

¡QUÉ venida! ¡Desde el ámbito del señorío de la muerte que a todos los seres humanos sojuzga..., desde la tumba! Quien aquel día se puso en medio de sus discípulos subió con ese gesto precisamente al trono que le corresponde en el centro de la entera historia universal. Jesús les deseó entonces la paz, un buen día, a todos los seres humanos de todos los pueblos y épocas, a todo el mundo visible e invisible; se la deseó, la trajo y la estableció. Ese día, Jesús crucificado y resucitado, pleno de poder, se instaló en medio del género humano como Señor de toda humana criatura, exaltado en su júbilo hasta el cielo, al tiempo que hondamente afligido. Llegado el momento, y en medio de todas las enfermedades y catástrofes naturales, de todas las guerras y revoluciones, de todos los tratados de paz y sus violaciones, en medio de todo el progreso, estancamiento y retroceso, en medio de toda la miseria humana inocente y culpable, él se reveló como el que era, es y será: ¡Paz a vosotros! Lo que sucedió aquel día pasó a ser, fue y sigue siendo el centro en torno al cual se mueve todo lo demás. Pues todas las cosas duran su tiempo, pero el amor de Dios, que actuó y se expresó en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, permanece eternamente. Dado que esto sucedió ya una vez, no hay razón alguna para la desesperación, siguen en pie todas las razones para la esperanza... incluso cuando se lee el periódico, con todas sus desconcertantes y espantosas noticias.

SU PRESENCIA

JESUCRISTO es inseparable de los suyos. Él es el que es, en cuanto que está en medio de ellos: es el centro salvador e iluminador en virtud del cual ellos constituyen el círculo salvado e iluminado por él. No es posible, pues, que el ejercicio de nuestra libertad tenga lugar en un campo en el que nuestra relación con Jesucristo quede reducida a un puro mirar retrospectivo y a una perspectiva sobre su presencia pasada y futura. En especial, es imposible tomar en consideración que Jesucristo pudiera depender, siquiera provisionalmente, de su sustitución por un cristianismo todo lo digno que se quiera. El ser humano no está, pues, abandonado a sí mismo, sino frente al reconciliador que vuelve —también aquí y ahora— con su libertad superior, y precisamente en esta confrontación es también sostenido, arropado, consolado, nutrido y acompañado en todos sus problemas. Al venir a nuestro encuentro en medio de nuestro hoy, está con nosotros todos los días, es la esperanza de todos nosotros. Nuestro día de hoy es también, con toda seguridad, un día de Jesucristo vivo. Puede ser, por tanto, que el día en que pecamos sea también un día en el que la tierra esté cubierta de sufrimiento, un día del diablo y de los demonios. Pero lo decisivo es que también es un día de Jesucristo. Él, más cercano que cualquier otro ser humano, es el más próximo (prójimo) a todo hombre, el samaritano misericordioso de todos nosotros. Su hoy es realmente el nuestro; nuestro hoy, el suyo.

SU CONSUELO

ESTO significa: yo, el Señor, soy bueno contigo. Pero no sólo lo soy desde lejos, sino que yo, el Señor, me dedico a ti, y no lo hago como puro gesto ni con las manos vacías. Yo, el Señor, cuido de ti; más aún: yo, el Señor, quiero ahora hacerme cargo de tu asunto, del asunto de tu vida, hacerlo mío y, por tanto, hacerlo bueno. ¿Acaso porque eres una gran persona, porque lo has merecido? No, ¡no es por eso!, sino porque yo elijo y quiero hacer uso de la gracia contigo. «Mi gracia» significa: eres un siervo bastante inútil, pero, como tal, quiero tomarte a mi servicio precisamente a ti. En lo que a mí respecta, eres un amigo de lo más dudoso —¡a menudo, más mi enemigo que mi amigo!—, pero yo quiero ser para ti un buen amigo, el mejor amigo que tienes. Eres un hijo desobediente —¡ah, claro que sí!, todos nosotros somos tan sólo sus desobedientes hijos—, pero yo quiero ser para ti un padre fiel. Ésta es la gracia que no ha de apartarse de tu lado. ¿Por qué no? Sencillamente, porque es gracia y, por tanto, no depende en absoluto de ti: porque es mi gracia, no gracia humana, ¡sino de Dios! Por eso no puede apartarse de tu lado, y no se apartará. Puede y debe ser para ti, en buena medida, una gracia rigurosa y estricta, incluso hacerte daño a veces, pero no ha de apartarse de tu lado. Todos sin excepción somos respecto a ella chapuceros desagradecidos, ¡pero no ha de apartarse de tu lado, ni del mío, ni del de todos nosotros!

SU EXIGENCIA

EL mandato de Dios se distingue de todos los demás mandatos en que es una autorización: la concesión de una libertad determinada. Todos los demás mandatos suponen que al ser humano se le impone —por no decir que se le fuerza— desde algún lugar; y la cosa es aún peor cuando es él mismo quien empieza a imponerse mandatos. Todos ellos expresan desconfianza con respecto al ser humano: sería peligroso dejarlo libre; seguro que utilizaría mal la libertad. Le infunden miedo desde todas partes. Con este miedo le abordan; este miedo le inspiran; en este miedo lo mantienen. Su acto de mandar es esencialmente una prohibición, la denegación de toda autorización posible. El mandato de Dios pone al ser humano en libertad. El mandato de Dios autoriza. Así y no de otro modo manda. Aun cuando los mandatos de Dios y los demás mandatos hagan lo mismo, no es en absoluto lo mismo. El mandato de Dios no coaccionará al ser humano, sino que hará saltar por los aires las actividades coactivas bajo cuya égida ha vivido éste. No le saldrá al encuentro con desconfianza, sino con confianza. No apelará a su miedo, sino a su coraje, y será coraje, no miedo, lo que le infunda. Esto es así porque el mandato es la forma que adopta la gracia de Dios: el yugo suave y la carga ligera que hemos de tomar sobre nosotros entraña absolutamente nuestro refrescamiento. Esa gracia nos dispensa Dios al darnos su mandato.

4

LA CRIATURA DESEADA

HIERBAS Y ÁRBOLES

EL mundo vegetal que brota obedeciendo a la Palabra de Dios no será la única criatura viva. Pero es la primera de ellas y condición previa de todas las demás. Viva es toda criatura en lo que tiene en común con la planta, y sigue viva mientras encuentra su alimento en el mundo vegetal. Esta mesa puesta tiene necesariamente su sitio en el centro de la casa construida por Dios. El ser humano no necesita andar buscándola preocupado. Dios se la ha proporcionado antes de crearlo. Pero también se ha de considerar que no estará en situación de tomar por sí solo lo que de ella precise. «Todos los ojos te están aguardando para que les des su alimento». El orden en que se desarrolla la creación hace además imposible toda intervención arrogante y arbitraria del ser humano. Las hierbas y los árboles existían sin él, y antes de que él fuera. También ellos tienen dignidad propia y derecho a la vida. Sólo después de ellos fue establecido el ser humano en virtud de la voluntad y la palabra de Dios en su condición de usufructuario de la abundancia de aquéllos. Así, mientras el ser humano tiene para vivir, vive de la gracia de Dios precisamente al vivir de esta mesa puesta previamente para él. Así, cada bocado del que se nutre es, en cuanto signo –en, con y bajo ese signo–, la gracia misma de la que el ser humano puede vivir y sin la cual no viviría. Su soberanía sobre plantas y animales consistirá únicamente en esto: él tendrá más que agradecer que todas esas otras criaturas terrenas.

PECES Y PÁJAROS

SE trata del mar y del espacio aéreo y, por tanto, de los ámbitos naturales más lejanos y extraños al ser humano, en los que éste no puede permanecer en absoluto, o sólo de manera artificial y pasajera; ámbitos peligrosos, dada su cercanía al elemento «caos». Precisamente ahí empieza, en virtud de la orden creadora de Dios, la vida de la criatura independiente. Con esa profundidad hacia abajo y esa amplitud hacia fuera, quiere iniciar su obra en y con tales seres. Así de inmensa es su misericordia. Hasta ese punto es Señor y Dueño de todo y, por tanto, también de esas regiones fronterizas. Donde el ser humano cree ver ya abiertas las fauces de la muerte, precisamente ahí hace Dios «bullir» y volar. El espectáculo que a aquél se le ofrece es de los que inspiran confianza. Allí donde este espectáculo encuentra unos ojos abiertos, allí donde se recibe el testimonio de los peces y los pájaros, el miedo vital ante la enormidad del ámbito creatural debe, evidentemente, cesar, y el ánimo vital para afrontar el riesgo de existir en dicho ámbito debe, evidentemente, despertar. Si esas multitudes tan amenazadas viven de hecho, lo mismo podrá hacer confiadamente el ser humano, mucho más protegido. Si precisamente allí no existe monstruo alguno, si aun cuando mire hacia allí se encuentra entre amigos y parientes muy lejanos, ¿qué habrá, pues, de temer en tierra firme, donde Dios lo creó? ¿Qué podrá asustarlo aquí, si no hay allí nada que lo asuste?

COMPAÑERO ANIMAL

EL mito bíblico de la creación vio al ser humano en esta compañía: con los animales domésticos, los que reptan y los salvajes como compañeros. Si bien es verdad que el ser humano es más noble que ellos, también es verdad que precisa de estas criaturas, mientras que ellas no lo necesitan a él en absoluto. Él y sólo él será considerado digno de entrar como socio de Dios en la alianza de gracia. Pero en todo momento tendrá junto a sí a este camarada, el animal. Todo cuanto va a suceder entre Dios y él va a ir acompañado, de manera significativa, por un acontecer de vida y muerte también en el reino animal, y en dicho acontecer tendrá sus testigos, los cuales no enmudecerán allí donde fallen los testigos humanos, y en ocasiones hablarán más alto y con más insistencia que éstos. En el grado de bienestar de este entorno animal del ser humano se reflejará la salvación y la desgracia de éste, su alegría y su sufrimiento. El animal, no en cuanto socio autónomo de la alianza, sino en cuanto acompañante del ser humano en la alianza, será copartícipe de su promesa y también de su maldición, que sigue de cerca a su promesa. Lleno de miedo, pero también de certidumbre, aguardará con el ser humano su cumplimiento y respirará hondo con él, cuando se produzca provisionalmente y acontezca definitivamente.

PROFUNDO RESPETO POR LA VIDA

TODA vida humana está, como tal, rodeada de una solemnidad especial. Requiere que como tal se la valore con admiración siempre nueva. Es cuestión de que cada cual trate su existencia y la de cualquier ser humano con profundo respeto. Un respeto que no se lo gana uno mismo. Pues si con su fe en la palabra de Dios el ser humano se apercibe del hecho y la manera en que Dios lo eligió y lo amó en su pequeña existencia desde la eternidad y de lo que hizo por él a lo largo del tiempo, en la vida humana le sale al encuentro el llamamiento al respeto profundo, precisamente porque el Dios vivo ha cuidado así de los suyos. Se puede decir tranquilamente que el nacimiento de Jesucristo es la revelación de este mensaje de profundo respeto por la vida. Dicho nacimiento le da a ésta, en todas y cada una de sus formas, incluso las más dudosas, el carácter de lo extraordinario, único, irrepetible e insustituible. Determina a propósito de ella que poder existir como ser humano es un bien. Caracteriza la vida como la ocasión incomparable e irrepetible de alabar a Dios. Con ello ese nacimiento la eleva a la categoría de objeto del respeto profundo. En su calidad de respeto profundo brindado al ser humano, es inmenso. La vida no es un segundo Dios, y, por tanto, el respeto profundo que se le debe no es igual al que se ha de sentir ante Dios. Está más bien limitado por aquello que Dios quiere recibir del ser humano por él elegido. Pues suya es la vida del hombre. Él se la presta.

HOMBRE Y MUJER

DIOS existe en comunidad. Puesto que en sí no está solo, ni tampoco hacia fuera quiere estarlo, no es buena la soledad para el ser humano. La condición humana es, en su forma fundamental, humanidad compartida. Que las cosas son así lo demuestra sin duda el hecho de que no podemos decir «ser humano» sin tener que decir «hombre» o «mujer» y, al mismo tiempo, «hombre y mujer». La mujer es eminentemente para el hombre, y el hombre para la mujer, el otro ser humano, el prójimo, al que hemos de ver y nos ha de ver, al que se ha de hablar y escuchar, cuya ayuda se ha de experimentar y al que se ha de prestar ayuda, cosas todas ellas que han de significar la suprema necesidad humana, pero también el supremo problema humano y, al mismo tiempo, la suprema realización humana. El uno puede y tiene que saberse interrogado por el otro: ¿puedes y quieres garantizar que también tu naturaleza es humana? ¿Puedes mostrármelo de manera que yo lo entienda también? Si el hombre considerara que con sus palabras y obras debe demostrarle a la mujer, para la que él constituye tan enorme interrogante, que es humano, probablemente sería razón suficiente para que muchas cosas típicamente masculinas quedaran sin decir y sin hacer, o se dijeran e hicieran de un modo totalmente distinto. Y precisamente lo mismo habría que decir también de la manera femenina de hablar y de actuar. Estar solo y vivir para sí no puede ser para ambos sino algo fortuito, extrínseco, provisional y pasajero. En realidad, su ser es, siempre y en toda circunstancia, un ser con el otro.

*«No os privéis el uno de otro»
(1 Corintios 7,5)*

COMUNIDAD DE VIDA

UNO contrae matrimonio y persevera en él porque se ha dado cuenta de que lo que Dios quiere de él es precisamente eso, y que por ello puede y debe hacerlo. La vocación al matrimonio es vocación a la comunidad de vida. El matrimonio es más que amor. El matrimonio es la prueba del amor. Pues en el matrimonio se trata de repetir el sí del amor en un caso de urgencia. «En un caso de urgencia» significa en una vida que es precisamente vida: trabajos y preocupaciones, alegrías y sufrimientos, salud y enfermedad, juventud y envejecimiento, afrontamiento de las cuestiones grandes y pequeñas, internas y externas, individuales y sociales; pero todo, de algún modo, juntos, todo con el cariño especial del uno al otro, todo acompasando el paso del uno al del otro. Pero comunidad de vida no significa unificación forzada. Se han «matrimoniado» en su condición de realidad especial que cada uno de ellos es en sí mismo. El matrimonio es comunidad asentada dentro de esta libertad recíprocamente otorgada y mutuamente vivida. Lo importante es la libertad dentro de la comunidad. El matrimonio como comunidad de vida es la perseverancia de un hombre determinado en su orientación hacia una mujer determinada, y viceversa. El verdadero amor significa precisamente que uno sólo tiene que ver con ese otro —el entero ser de uno con la totalidad del otro—. Entonces se crea también una atmósfera, se construye una «casa» que

quizá pueda llegar a ser un albergue, un refugio para muchos otros, y cuyo secreto, sin embargo, estriba únicamente en ese acto de profunda alegría que acontece y se hace continuamente acontecimiento en lo más íntimo de sí —en realidad, con tan sólo los dos a solas.

HIJOS

LOS padres viven para sus hijos y para que éstos arraiguen en la confianza de que es Dios quien, al igual que hizo con sus padres, sale garante de ellos: como su valedor, como su asistente, como el que verdaderamente vive para ellos, con todo lo que ellos pueden ser y hacer, y no sólo como testigos suyos. La verdadera autoridad de los padres se ejerce en virtud del hecho de que los hijos se aperciben de que los padres, a su vez, viven sometidos a una autoridad. En última instancia, tampoco la autoridad se puede únicamente atestiguar. Los padres han de considerar que su cometido es limitado. Ni siquiera pueden sanar física o anímicamente a su hijo, y menos aún convertirlo en una «buena persona», por no hablar ya de transformarlo en una criatura grata a Dios, en un cristiano. De él no pueden hacer absolutamente nada. Sólo les cabe esforzarse al máximo —aunque no lleguen nunca hasta lo que realmente constituye la vida del hijo—, para luego cumplir con la obligación de permanecer humildemente firmes ante lo que Dios quiere de él, ante la evolución del hijo, sumamente personal, en esta o en aquella dirección. Al hacer todo cuanto en su responsabilidad pueden y deben hacer, sólo les cabe encomendarlo a las manos de Dios, de quien lo recibieron. Y, en definitiva, esto será lo mejor que los padres puedan hacer por su hijo: considerar y tomar como norte que el Espíritu Santo es el auténtico hacedor del bien, y que ellos como seres humanos tan sólo pueden conducir a sus hijos hacia él.

JUVENTUD

JUVENIL», en el buen sentido de la palabra, podría denominarse una forma de actuar en la que resulta especialmente reconocible desde el pasado la obediencia al mandamiento de Dios como paso a la libertad. Tal vez la persona joven tenga ya también impresiones intensas, pero sigue poseyendo, no obstante, escasa experiencia. Hay viejos que la tienen en exceso. El hecho de que la persona joven sea aún relativamente inexperta puede llevar aparejada la oportunidad de que al menos no se le proponga directamente que sea ya una persona de hábitos, de rutinas, un tradicionalista, ni tampoco un engreído, un relativista, un escéptico. A decir verdad, debería ser todavía capaz de cierta independencia y también de cierta fructífera capacidad de asombro. Todavía debería haber pocas razones para sentirse seriamente decepcionado o realmente afligido con respecto a demasiados seres humanos. También puede que aún esté realmente lejos de su ánimo la noción de un destino ciego a cuyo dominio estaría sometido. Dado que lo viejo no ha podido infundirle aún demasiado respeto, lo nuevo del mandamiento puede resultarle todavía más intensamente obvio en su novedad. Aún puede tener aliento disponible para la obediencia. Cuando hace esto con la espontaneidad y receptividad que podría caracterizar a un joven, actúa juvenilmente y de modo ejemplar para cuantos son más viejos, que también deberían pensar de manera juvenil, precisamente en este sentido, para ser obedientes al mandamiento de Dios.

LA MITAD DE LA VIDA

LOS años centrales de la vida pueden ofrecerle al ser humano una oportunidad muy especial para ser maduro. La mirada de la persona que ha dejado de ser joven y todavía no es anciana puede estar muy especialmente libre de las nieblas que pueden ocultarle aún al joven la urgencia de la decisión, y de las sombras que pueden ya ocultársela al anciano. Puede que incluso le resulte obligado reconocer que ha llegado el momento decisivo. La siembra queda atrás, y ahora se puede y se debe recoger. Se ha tomado carrerilla, y ahora se puede y se debe saltar. Se han hecho los preparativos, y en este momento ya sólo puede tener lugar, en realidad, el riesgo de la obra como tal. Ya ha vivido, y todavía puede vivir. Al fin y al cabo, a estas alturas tiene un pasado considerable y, por tanto, posee experiencia. Pero todavía no se habrá cansado ni anquilosado. También ve ya a cierta distancia el final, la «noche en la que nadie puede obrar». Pero la ve todavía a tal distancia que la idea del final no le inducirá ni a la resignación ni al pánico de quien ve cómo se le escapan sus últimas oportunidades, sino que le impulsará, sencillamente, a una prisa mesurada. Podría, pues, estar muy especialmente libre, tanto con respecto a lo de atrás como a lo de delante, para el ahora y para el mandamiento de Dios que le reclama en su ahora. Su posición en el centro de sus etapas vitales tiene a la vez carácter de ampliación y de recogimiento. ¿Sabrá ver y aprovechar su oportunidad?

VEJEZ

¿**A** qué se le podría llamar en serio «sabiduría de la vejez»? Desde el punto de vista cristiano, lo más positivo que se puede decir es que precisamente la persona anciana tiene la extraordinaria posibilidad de tener que vivir, mejor dicho, de poder vivir precisamente de aquello que antes pudo cantar con bastante frecuencia: «Nuestro poder nada lograba, y vimos ya todo perdido; ¡mas por nosotros el justo peleaba, aquel que Dios mismo ha escogido!». En este momento tal vez le resulte evidente que hasta ahora, de hecho, ha vivido únicamente de la libre e inmerecida misericordia de Dios, que todas sus decisiones y actos personales y libres tuvieron precisamente el valor que pudo corresponderles bajo esa luz extraña que caía sobre ellos desde fuera. Ahora podría llegar a una comprensión «existencial» de la doctrina de la justificación, ahora podría haber despuntado para él el tiempo oportuno. ¡Pero con ello también un tiempo nuevo y último de decisiones y actos personales y libres precisamente en la alegre esperanza de esa luz extraña! Y con ello también el tiempo oportuno para entender finalmente que esa luz extraña también brilla sobre el curso conocido del mundo y sobre todas las «gentes» a las que la persona anciana comprende tan profundamente; el tiempo oportuno, por tanto, para quedar una vez más abierto hacia todos lados y volverse también un poquito más clemente y, precisamente por ello, también más útil.

5

UN MUNDO TRASTORNADO

MANOS VACÍAS

PADRE nuestro que estás en el cielo! Nuestra vida es muy confusa: ¡muéstranos el orden que tú le diste y que quieres darle de nuevo! Nuestros pensamientos andan completamente dispersos: ¡reúnelos en torno a tu verdad!

El camino que tenemos por delante está envuelto en tinieblas: ¡precédenos con la luz que nos prometiste! Nuestra conciencia nos acusa: ¡haznos caer en la cuenta de que podemos levantarnos para servirte a ti y al prójimo! Nuestro corazón anda inquieto en nuestro interior: ¡danos, Señor, tu paz! Tú eres la fuente de todo bien, eres la bondad misma, junto a la cual no hay ninguna otra. Tú no quieres que cada cual te busque por su cuenta e intente arreglarse por sí solo con sus problemas. Tú quieres que en nuestra miseria y en nuestra esperanza seamos un único pueblo de hermanos. Como tal pueblo, nos tomamos ahora de la mano para darte juntos las gracias y extender hacia ti estas manos nuestras, siempre tan vacías. Amén.

EL DIOS SUPLANTADO

ÉSTA es la humildad divina, y precisamente en su demostración estriba la obra inconcebiblemente grande y maravillosa de Dios: Dios se hace y es como nosotros. Pero nosotros, por quienes Dios es como es, queremos ser como Dios. El pecado del ser humano es su soberbia, el obrar humano que no corresponde al obrar divino en Jesucristo, sino que lo contradice. No es verdad que Dios sea un Señor al que tenga sentido alguno tratar de suplantar. No es verdad que al ser humano pueda afligirle, ni siquiera de lejos, ser siervo de Dios. Dios es desde el principio su Señor, un Señor que para él es real y absolutamente benévolo, que no sólo no le priva de lo que es saludable para él, sino que se lo regala en abundancia. Más aún: quiere hacerle partícipe de su señorío precisamente en calidad de siervo suyo. ¡Cómo se engaña el ser humano, ante todo sobre Dios, al cometer tan terrible equivocación...! Al elegirse a sí mismo dejando de lado la gracia de Dios y sacudiéndose su responsabilidad con respecto a él, elige la vaciedad en sí. Convierte a Dios en el diablo. Pues si «existe» un diablo, es idéntico al concepto límite de un ser solitariamente despótico y, por tanto, «absoluto». Y el hecho de que el ser humano, al escoger esa dirección, venda su alma al diablo y «se vaya al diablo», resultará innegable. Ésta es la situación del ser humano, al que Dios reconcilia consigo en Jesucristo. Ante el proyecto de aquél, Dios respondió con la contramedida que a dicho proyecto correspondía: se abajó.

EL SER HUMANO ESCLAVIZADO

ES absurdo que el ser humano quiera ser Dios. El ser humano se convierte en inhumano al pretender tal cosa. Precisamente como siervo de Dios, podría y debería ser esencial e íntegramente ser humano. ¡Cómo lucha consigo mismo al rebelarse contra este orden! Donde piensa ensalzarse, se precipita a las profundidades. En el acto mismo de su sublevación, el siervo se convierte en esclavo. Su obrar rompe y desfigura la relación entre creador y criatura, entre Dios y ser humano. Convierte dicha relación, y de un modo muy real, en una farsa indigna, provocando en el ámbito del ser creado la mayor confusión imaginable, creando un mundo aparente en el que «abajo» se convierte de pronto en «arriba», el gran antes se convierte en un pequeño después en el que toda medida resulta falsa, toda palabra se vuelve contradictoria en sí misma, y cada acto se torna erróneo. Ello hace que también el mundo creado se vea enseguida afectado. No puede ser de otro modo: el ser humano que pretende hacer de Señor frente a Dios, se apodera ante todo del señorío sobre los demás seres humanos, y los otros le saldrán al encuentro con la misma pretensión. En este momento empieza la lucha por el poder —por el poder de ambos sexos, por el poder de los individuos, de los pueblos, de las clases y posiciones—, y con esa lucha la realización de un juicio mutuo que será inmisericorde. Lo cual supone, sin embargo, la irrupción del caos en el ámbito de la creación.

POTENCIAS SIN DUEÑO

EL alejamiento del ser humano respecto de Dios entraña de manera inmediata su alejamiento respecto de sí mismo, que consiste en que empieza a existir sin dueño. ¡No es que su carencia de dueño pueda modificar en algo el hecho de que Dios es su Dios! Pero para el ser humano ya es bastante grave que pueda emprender tal huida hacia la falta de dueño. Las distintas formas de su capacidad se vuelven en este momento contra él, lo mismo que él se ha vuelto contra Dios. Sus facultades se convierten ahora en potencias devastadoras sin dueño. La historia universal es también la historia de los numerosos y palmarios absolutismos, dotados de la suficiente fuerza vital para desbordar a aquel que debía y podía ser su señor. Ningún conjuro ayuda en esto a la libertad humana: son los verdaderos motores de la sociedad. Una de las potencias sin amo es Mammón. El dinero es, en su total carencia íntima de valor, la quintaesencia de casi todos los valores humanos —no el dinero como tal, sino el dinero que el ser humano cree tener, cuando en realidad es aquel quien lo tiene a él, debido precisamente a que el ser humano quiere tenerlo sin Dios—. No caemos en la cuenta de las numerosas dependencias de este tipo que todos padecemos. Pero sería mejor que advirtiéramos cómo juegan ahí con nosotros, porque entonces sabríamos lo que hacemos cuando pedimos: «¡Venga a nosotros tu Reino!». Se trata del benévolo desenmascaramiento, y finalmente la supresión, de esos absolutismos que nos dominan.

SOLEIDAD

CÓMO podrá el ser humano buscar y encontrar en su prójimo a su hermano, si pretende impedirle a Dios que sea su padre? La consecuencia necesaria de su retraimiento en la dimensión vertical es su retraimiento, su soledad, en la dimensión horizontal. Cuando falta el reconocimiento de Dios, no hay entre un ser humano y otro ninguna coexistencia razonable, ninguna auténtica colaboración, ninguna auténtica compasión, ninguna auténtica alegría compartida, ninguna auténtica sociedad. Y un trabajo que no es colaboración es ociosidad diligente. Una alegría que no es alegría compartida es diversión vacía. Un padecimiento que no es compasión es dolor sordo. El ser humano que no es prójimo del otro es inhumano. Si está sin él, está de hecho contra él. Pero también se debe considerar la inversión que se produce: si, frente a los demás seres humanos, me elijo a mí mismo en mi soledad, entro en la esfera de una soledad más terrible todavía, en la que Dios ya no puede ser Dios para mí. Si soy capaz de menospreciar al ser humano, incluso mi alabanza a Dios, por más que la haga de buena gana y con alegría, se me atragantará en la garganta. Si me limito a beneficiarme de mi prójimo, seguramente también creeré que puedo únicamente aprovecharme de Dios y experimentaré dolorosamente que él no lo soporta. He odiado a Dios, lo he injuriado y ofendido, he hecho la guerra a Dios siempre que le he infligido todo eso a mi hermano. Si soy inhumano, precisamente por eso soy también ateo. Dios sin los demás seres humanos es justamente una ilusión, un ídolo.

PUNTO MUERTO

¿SON realmente indispensables para nosotros todos los perfeccionamientos que en materia de comunicaciones se nos ofrecen cada día? ¿Será por el tiempo que nos permiten ganar? ¿Como si las personas sensatas de tiempos pasados, con unas comunicaciones mucho menos veloces, no hubieran tenido tiempo suficiente para lo realmente necesario! ¡Y como si los insensatos de nuestros días no siguieran teniendo, con tantísima velocidad, demasiado poco tiempo para lo importante! Podemos, queremos y llevamos a cabo muchas cosas, cada vez más, pero en secreto las ruedas están, en buena medida, en punto muerto porque queremos y necesitamos un poder del que, en el fondo, no tenemos ninguna necesidad en absoluto, que en parte quizá habría sido mejor para nuestra salvación que no lo hubiéramos conocido, y mucho menos desencadenado. No puede ser de otra manera: el poder que desborda nuestra necesidad vital real, la técnica, que en el fondo es sentido y fin de sí misma, que para subsistir y poder seguir perfeccionándose debe suscitar continuamente nuevas necesidades problemáticas, tiene que convertirse en ese monstruo con que en gran medida se le representa hoy en día, tiene que convertirse finalmente –cosa harto absurda– en la técnica de la perturbación y la destrucción. Pero el ser humano no debe acusar a la técnica de carecer de alma, sino a sí mismo, a su irrazonable voluntad de poder. Él mismo es el problema de la técnica moderna.

LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

EL hecho de que el trabajo esté por hacer responde ciertamente al mandamiento de Dios creador. Pero al realizarlo, incurrimos casi inevitablemente en una contradicción con respecto a lo que con dicho mandamiento se pretendía. En este punto debe quedar claro que incluso con nuestro mejor hacer somos seres humanos trastornados en un mundo trastornado. El trabajo humano podía y debía tener lugar en el marco de una convivencia. Sin embargo, la realidad en el mundo del trabajo es precisamente la lucha por la supervivencia, la inhumana humanidad sin los demás seres humanos y contra ellos. Uno quiere hacerlo mejor que el otro porque desea recibir más que él, para beneficio propio y perjuicio del otro. Sólo se puede trabajar bien, en el fondo, cuando se trabaja favoreciendo a otro. Y un pan que alimente, y que deba ser ganado mediante el trabajo, sólo puede ser el pan compartido con quienes trabajan con uno. Si lo que le importara a cada cual fuera simplemente lo que de verdad necesita, los seres humanos estarían también juntos a la hora de trabajar para obtener su pan de cada día. El señorío de las apetencias vacuas es el auténtico material explosivo social: la apetencia de una sobreabundancia que no es la sobreabundancia hermosa de la vida, sino tan sólo la sobreabundancia de lo carente de valor. Está claro que el mandamiento de Dios siempre se-

rá un llamamiento a movimientos contrarios –a favorecer la humanidad, a tomar partido por los débiles–. Y está claro que esto debe llegar a expresarlo la voz de la comunidad cristiana. Su palabra decisiva sólo puede consistir en el anuncio de la revolución de Dios contra toda «impiedad e injusticia de los seres humanos».

NECEDAD

EL pecado es también necedad, y la necedad es además pecado. Con lo cual, por «necedad» se ha de entender en sentido estricto esa realidad reprobable que la Biblia llama «insensatez». La necedad del ser humano se manifiesta en que, pensando dar con lo esencial –sin reconocer a Dios y sin escuchar ni obedecer su palabra–, precisamente no da nunca con lo esencial. Siempre llega demasiado pronto o demasiado tarde. Siempre duerme cuando debería velar, y siempre se pone nervioso cuando podría descansar tranquilamente. Siempre calla cuando debería hablar, y siempre dice algo cuando callar sería la única aportación oportuna. Siempre ríe cuando debería llorar, y siempre llora cuando podría reír sin miedo. Quiere hacer siempre una excepción cuando debería imperar la norma, y siempre se somete a una ley cuando tendría que escoger la libertad. Trajina siempre cuando lo único que sirve es rezar, y reza siempre cuando lo único que sirve es trabajar. Siempre pelea donde no es necesario, sino perjudicial, y siempre habla de amor y paz cuando habría que repartir golpes con toda calma. Tiene siempre la fe en los labios cuando habría que expresar un poco de sana comprensión humana, y siempre razona cuando podría y debería ponerse confiadamente, a sí mismo y a los demás, en las manos de Dios. La necedad es única a la hora de pensarlo todo a destiempo, de decirle todo a la persona inadecuada, de omitir siempre lo sencillo, lo necesario y lo exigido en cada momento preciso para, en su lugar, querer y hacer con certero instinto lo complicado, lo superfluo, lo que en ese momento sólo estorba.

MENTIRA

LA mentira del ser humano llega a ser un acontecimiento por el hecho de que el ser humano intenta rehuir a Jesucristo, el testigo veraz que le sale al encuentro. Ese personaje que rehuye a conciencia y que se esconde en todos nosotros no pone en entredicho la verdad. En realidad, el mentiroso no la niega –sólo hace tal cosa cuando aún es un principiante o cuando, debilitado por la edad, regresa a sus comienzos–. El mentiroso que miente en plenitud de facultades confiesa la verdad...; lo que sucede es que ésta queda convertida en falsedad por el hecho de que, en sus labios, sólo puede ser ya la verdad cristiana sometida a su control. El impulso de dicha verdad queda sencillamente reducido a algo inofensivo. Así es como procede la mentira. La mentira verdadera y tremenda huele siempre a verdad. La mentira verdadera y tremenda muestra un rostro realmente resplandeciente de justicia y santidad, de sabiduría y prudencia, de amor a Dios y al prójimo. La mentira es la forma específicamente cristiana del pecado. De nuevo tiene el cristianismo la ocasión de darse primero golpes de pecho, para luego ser capaz de llamar mentira a la mentira vulgar, y también para ocuparse sinceramente de las verdades profanas. Debería hacerse la luz en él para que haya más claridad en el mundo. Pero precisamente en él se llegará también, una vez más, a la destrucción de la mentira piadosa, y así se hará la luz. Entre nosotros la mentira puede conseguir muchas cosas temporalmente. Ante Jesucristo no aparece sobre sus cortas piernas ni siquiera temporalmente.

ESTUPEFACCIÓN

LA mayoría de las palabras que pronunciamos y oímos no tienen nada que ver con un diálogo entre un yo y un tú, con el intento de dos personas de escucharse mutuamente. La mayoría de nuestras palabras, habladas o escuchadas, son una cosa inhumana y bárbara, porque no se las decimos al otro y porque, al mismo tiempo, el otro tampoco quiere escucharlas. Las decimos sin querer buscarnos, sin querer ayudarnos. Y las oímos sin que nos encontremos, sin que consintamos en dejarnos ayudar. Así se habla en las conversaciones privadas, así en las predicaciones, conferencias y discusiones, así en los libros y artículos periodísticos. Así se escucha y así se lee también. Y así la palabra se vacía, convirtiéndose en mera palabra; de ahí que vivamos en medio de una inflación de palabras. En realidad, no son vacías las palabras; vacíos son los seres humanos cuando hablan y escuchan palabras vacías. Pues vacío y fútil se muestra entonces el yo frente al tú. Hay que tener absolutamente claro que la desconfianza y la decepción no son el camino, ni aquí ni en ningún otro sitio, para mejorar las cosas. Cuando podemos hablar unos con otros y escucharnos mutuamente, queda en todo caso abierta en ese encuentro la posibilidad para el ser, en todo caso estamos ya (o todavía) en el umbral de la humanidad. Mientras podemos hablar y escuchar, no existirá obstáculo alguno para que la palabra dicha y escuchada pueda llenarse en virtud del buen uso que de ella se haga.

ENFERMEDAD

LA enfermedad es un aspecto de la sublevación del caos contra la creación de Dios, una manifestación del diablo y de los demonios. Es impotente frente a Dios, porque sólo es real, violenta y peligrosa en cuanto elemento de lo negado por él. La enfermedad es un signo de la perdición, frente a la cual no hay salvación alguna salvo en la compasión de Dios en Jesucristo. Sin Dios o contra Dios, no hay en este asunto nada que hacer. Quien lo sabe respondería con infidelidad a la fidelidad de Dios si, frente a la enfermedad, pretendiera cruzarse de brazos. Frente a la enfermedad, lo mismo que frente a todo ese reino de lo siniestro, ha de querer precisamente lo que Dios quiso desde siempre: unido a Dios, ha de decirle no. Capitular frente a ella no puede ser nunca obediencia a Dios. Una gotita de resolución en la resistencia contra ese reino, y por tanto contra la enfermedad, es mejor que todo un océano de supuesta humildad cristiana. ¿Qué más cabe añadir? Sólo esto: lo que conocemos como enfermedad tiene también, profundamente oculta, una figura en la que no sólo se refleja el poder del diablo, sino también la cordial buena intención de Dios. Lo importante no es entonces la capitulación ante la enfermedad, sino precisamente la capitulación ante Dios, que también es el Señor de la enfermedad y sigue siendo benévolo con el ser humano cuando le hace enfermar. Lo importante no es, pues, abandonar la lucha contra la enfermedad, sino precisamente que esa lucha incluya la paciencia.

¡QUE SE HAGA DE DÍA!

SEÑOR, Dios y Padre nuestro, en este momento pensamos en las necesidades grandes y pequeñas de nuestra época y nuestro mundo de hoy: en los muchos millones de personas que pasan hambre, comparados con aquellos a los que nos va tan bien; en la tenebrosa amenaza que las armas nucleares suponen para nuestra hermosa Tierra; en la desorientación con que los políticos afrontan la tarea de pronunciar juntos una palabra sensata; en los dolores de los enfermos y en los desconciertos de los enfermos mentales; en las múltiples deficiencias de nuestros ordenamientos públicos y en la insensatez de la mayoría de nuestros usos y costumbres; en tanta vanidad y punto muerto presentes incluso dentro de nuestra vida intelectual y cultural; en la incertidumbre y debilidad incluso de nuestra vida eclesial; en tantas preocupaciones y complicaciones de nuestras familias y también, por último, en todo lo que especialmente puede afligirnos y agobiarnos hoy a cada uno de nosotros.

¡Señor, que se haga de día! ¡Aplasta, quebranta, destruye, Señor, todo poder de las tinieblas! ¡Sálvanos tú, Señor, y seremos salvos...! Si no puede ser aún de manera total, que sea al menos en cosas pequeñas y provisionales: como signo de que vives y de que, pese a todo, somos tu pueblo, al que a través de todo conduces hasta tu gloria. Sólo tú eres bueno. Sólo a ti te corresponde el honor. Sólo tú puedes ayudarnos y nos ayudarás. Amén.

6

VIDA CRISTIANA

LAS PUERTAS ABIERTAS

ÉSTAS son las puertas abiertas «del hermoso Paraíso». No es que Dios tenga necesidad de que nosotros le contemos lo que nos importuna como una sombra, sino más bien que nosotros, como hijos suyos, podemos presentárselo para hablar con él de todo cuanto nos atañe, lo grande y lo pequeño, las cosas importantes y las insignificantes, las inteligentes y las tontas: en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones. Podemos decirle lo difícil que nos resulta todo, lo enigmáticas que nos parecen una y otra vez las cosas y los seres humanos, lo que tenemos, sobre todo, que reprocharnos a nosotros mismos y lo poco de que somos capaces con los demás. Podemos manifestárselo de varias maneras: con la oración, es decir, con enorme y sincera humildad; con la súplica, es decir, con apremio y confianza infantil; y con acción de gracias, es decir, agradecidos de que sea así y podamos saberlo –de que en el fondo, gracias a nuestro Señor, todo esté ya en su sitio– y agradecidos de que podamos ponernos así ante él. Y todo ello junto lo hacemos cuando le pedimos que su rostro no deje de iluminarnos incluso en medio de las tinieblas que nos rodean, y que no nos cansemos en nuestra esperanza de que dichas tinieblas se rasguen, de que se disipe la niebla y se levante el velo que aún sigue atormentándonos.

EL PEQUEÑO SUSPIRO

¿**H**AY algún ser humano que pueda afirmar que sabe orar? Me temo que la persona que lo afirmara no sabría, precisamente, orar de verdad. Y lo contrario habría que decirle a quien se queja de que no sabe orar: ¡Precisamente así estás muy cerca de orar de veras! La auténtica oración es, en efecto, algo que nosotros no sabemos hacer, sino que acontece –no debido a una facultad, sino a que Dios nos ha adoptado como hijos suyos–. Si somos sus hijos, también clamaremos a él. El mandamiento bíblico nos ordena: ¡Pedid! ¡Tened presente a nuestro Señor Jesucristo, que también oró por nosotros en la cruz! Lo único que tenéis que hacer es aceptar su gracia. Si decís «sí» a la gracia de Dios, obedecerás esa orden, orarás. Este pequeño suspiro con el que decimos a Dios «¡Ah, sí!» es la oración y la fuente de toda oración. Pues ahí está incluido el Padrenuestro entero y todo Miserere y Gloria que la Iglesia haya rezado alguna vez. En este pequeño suspiro está incluido todo, y todo debe, a su vez, convertirse continuamente en este pequeño suspiro. Ahí no existe ningún arte de la oración. Ahí tan sólo existe el más elemental derecho del hijo de Dios. Si no sabes orar, ejerce este derecho: eso es todo cuanto has de hacer.

FE

LO esencial en el acontecimiento de la fe –en el que realmente sucede algo!– es que la palabra de Dios ha liberado a una persona entre muchas para decir «sí» precisamente a dicha palabra como consoladora y útil en sí misma, pero también en cuanto vinculante para el mundo, para la comunidad y para esa persona como tal. (La fe es) comparable al paso natural del capullo a la flor y a la orientación natural de ésta hacia el Sol, o bien a la risa natural de un niño al que le ha sucedido algo que le ha hecho gracia. Poco importa que, por lo regular, sea una fe bastante débil, bastante vacilante en medio de la corriente de aire de la vida. Quien cree sabe que no puede creer «por su propia razón y fuerza». Tan sólo creará teniendo a la vista la falta de fe presente también, simultánea y permanentemente, en su interior. No pensará, por tanto, que posee su fe de manera absoluta, sino sólo al modo en que los israelitas renovaban cada mañana el maná en el desierto. La pregunta de si la fe está al alcance de alguien es una pregunta frívola. La pregunta sería, en cambio, es si alguien remitido a la obra de Dios y a su palabra, acontecidas también dentro del ámbito a su alcance, y al poder vivo del Espíritu igualmente dentro de su ámbito, puede permitirse aferrarse a ese monótono «me falta fe...». O si, por el contrario, quiere dejarse de coqueteos con su propia falta de fe y vivir en la libertad que también a él le ha sido dada.

PRINCIPIANTES

MALAMENTE puede el cristiano convertirse en creyente, defensor severísimo de una opinión. Y tampoco se puede ser cristiano; sólo se puede estar continuamente en proceso de serlo: cada atardecer, bastante avergonzado de su cristianismo de hoy, y cada mañana, contento de poder hacer un ensayo una vez más —con el consuelo, con el prójimo, con la esperanza, con todo—. La comunidad cristiana coincide unánime en que está constituida tan sólo por principiantes y en que lo verdaderamente bueno es hacerse una y otra vez pequeño, empezar desde el principio y, por tanto, no detenerse en ningún punto. Ésta es la concordia de la verdadera fe. Lo importante es creer, porque todo depende de Jesús, el único capaz de convertir a los seres humanos en esos principiantes sencillos pero alegres. Lo importante es creer, porque se requiere un auténtico milagro para que un ser humano se deje liberar de la ley, de la coacción, de la solemnidad, de la perversa seriedad de todas las opiniones, aun cuando las adopte personalmente. Probablemente por eso es por lo que hay tan pocos cristianos. Lo cual no demuestra nada en contra de ellos. Sería terrible que sólo hubiera personas que creyeran en opiniones. Esos escasos cristianos tienen la hermosa tarea de mostrar a los demás que sigue habiendo una fe distinta de la «fe-opinión».

SEGUIMIENTO

PARA esta persona constituye una auténtica gracia tener que hacer algo que la propia gracia que le ha sobrevenido pretende. Precisamente porque el mandato de Jesús es la forma de la gracia que le sobreviene concretamente a la persona, dicho mandamiento le llega también con la soberanía de la gracia, de la que nadie es digno, que nadie puede escoger, frente a la que nadie puede tampoco tener ningún tipo de reservas. La llamada al seguimiento vincula a la persona con aquel que le llama. Así, el seguimiento no es la adopción de un programa, de un ideal, ni el intento de realizarlo. Jesús exige algo. Exige confianza en él. El seguimiento tiene su origen en la fe, para pasar inmediatamente a existir por el hecho de la obediencia prestada a Jesús. La llamada al seguimiento es siempre un llamamiento a dar un determinado primer paso en la fe. Para él, la llamada significa en cualquier caso: ¡Fuera!, ¡sal de la concha de todo aquello que hasta hace tan sólo un momento te parecía evidente, útil, posible y con futuro! Sal de la concha de un movimiento puramente interior con el que, de hecho, todavía no haces más que mariposear con meras conjeturas. La llamada al seguimiento produce una ruptura. Con esa llamada se revela el reino de Dios: la revolución de Dios llevada ya a cabo en la existencia del hombre Jesús. La persona a la que Jesús llama tiene que corresponder a su revelación con su manera de actuar. Perdería su alma precisamente si no advirtiera la responsabilidad pública que asume al hacerse discípulo de Jesús.

«Y, dejándolo todo, le siguieron»
(Lucas 5,11)

¡NO SEAS PUSILÁNIME!

LOS cristianos son personas que han encontrado a su Señor... después de haber sido ellos encontrados por él. No tienen necesidad de ningún otro señor. Lo cual no significa que sean personas irrespetuosas, pero sí que están felizmente liberados de toda servidumbre, magia y dictadura: por parte de su periódico, de la opinión de la gente, del estado de ánimo predominante y la opinión pública, de poderosas y determinadas personalidades, ideologías, principios y sistemas, y en especial de la idea de que su convencimiento personal tenga una importancia absolutamente decisiva. A pesar de su impotencia, tienen el poder de temer y amar a Dios sobre todas las cosas. Por eso precisamente son personas a las que sólo preocupa una cosa: poder pensar demasiado mezquinamente de Dios, de su bondad y su capacidad, esperar demasiado poco de él, ser excesivamente pusilánimes de pensamiento, palabra y obra con respecto a él y a sus mandatos, arriesgar demasiado poco. Por lo demás, no tienen por qué abrigar miedo alguno: ni al futuro, ni a la abrumadora irracionalidad y maldad de cualquier otra persona o incluso de sí mismos, ni al envejecimiento, ni al o a la muerte, ni a destino ni a diablo alguno. Sin duda, cada día pierden unas cuantas veces la oportunidad de hacer uso de este su poder. El miedo también pretende someterlos continuamente, sin duda; pero ellos tienen poder sobre él, y un poder que pueden ejercer.

«El paralítico se puso en pie y andaba»
(Hechos 3,8)

PONERSE EN PIE Y ANDAR

AL cristiano —justamente la criatura que, ante todo, sabe que, en cuanto tal criatura, no es más que polvo ante Dios— su fe —en la medida en que se trate al menos de un mínimo fragmento de fe auténtica— le permite estar con Dios, y no ya sometido a las inclemencias del acontecer del mundo, sino por encima de todas ellas, porque precisamente él está con Dios como hijo de ese Padre, como heredero de su gloria, ya aquí y ahora señor libre de todas las cosas. Ve incluso donde no hay nada que ver. Se ríe de las falsas visiones y cosmovisiones, aun cuando éstas sigan teniendo un gran predicamento. Se pone en pie y anda, aun cuando al prójimo y a él mismo les parezca caer en un abismo sin fondo. Es animoso, paciente, alegre, incluso allí donde no sólo la apariencia, sino la entera y sólida realidad del mundo se manifiesta contraria a que tal cosa pueda ser. Él le hace frente, no con el espasmo artificial de un esfuerzo religioso excesivo, sino porque, al poder creer, se hace primero frente a sí mismo, y de ese modo está protegido de sí mismo y del mundo entero. Al tener a su Señor, puede y debe resistir y ser Señor con él. De su «por eso» se sigue, sin más, su «no obstante»; y lo que todavía le falta, lo que todavía aguarda ardientemente, aunque sin preocupación, es ya sólo la manifestación de su Señor como Señor también del acontecer del mundo, la manifestación de que también su «no obstante» es un «por eso». Esto significa vivir de su fe.

COMPETENCIA CRISTIANA

EL cristiano es un auténtico conocedor en asuntos de señorío de Dios sobre el mundo. Naturalmente, también él se encuentra cada día de nuevo ante los enigmas del curso del mundo, ante los abismos y las trivialidades, ante las luces cegadoras y ante las tinieblas del acontecer general de las criaturas, al que también pertenece la historia de su vida. Naturalmente, tampoco él tiene una llave maestra para los misterios del gran proceso de la existencia, que a cada momento se imponen de manera nueva. Al contrario: precisamente él sabrá que todas esas llaves maestras que el ser humano cree tener en sus manos no son nada. Precisamente él, de entre todos, afrontará continuamente los acontecimientos como el más sorprendido, el más consternado, el más asustado, o bien el más contento. Precisamente él..., no como el marrullero que en cada caso lo ha previsto todo y ha vuelto a tener razón, sino más bien como un niño en el bosque o en Nochebuena, sorprendido con razón por las inquietudes y tareas que se le imponen... Precisamente él, obligado a empezar continuamente desde el principio... Pero todo ello precisamente porque sabe lo que es importante, y en la medida en que lo sabe. Todo ello porque es conforme, y en la medida en que lo es, con el lugar del que todo procede, del que todo, directa o indirectamente, se le hace llegar también a él: la criatura con su Creador, el hijo con su Padre. Ésta es la competencia cristiana en asuntos de señorío divino sobre el mundo.

LA CARGA DEL OTRO

NADIE puede dejar de lado las cargas del otro, ni tampoco las molestias que éste le ocasiona. ¡Ni siquiera le conviene desear quitárselas de encima! «Llevar» significa soportar, aguantar, sobrellevar mutuamente las mutuas molestias. «Llevar» significa hacer uso de la autorización y la posibilidad de perdonarse mutuamente los inconvenientes sufridos. «Llevar» significa comportarse unos con otros de manera amable, no como se hace con las personas viles y malvadas, sino con las personas pobres y enfermas —algo así como lo que es natural entre los pacientes que comparten habitación en un hospital—. Por tanto, «llevar» es lo contrario de la ceguera e indiferencia frente a las recaídas y pecados de ambas partes, pero también lo contrario de toda indignada inculpación y reparto de golpes al tomarlos en consideración. «Llevar» consiste en apoyarse todos unos a otros, cargando y encargándose del otro junto con las cargas de ambas partes, como compañeros en un camino que han iniciado juntos y que sólo juntos pueden seguir y rematar. «Llevar» supondrá también necesariamente descubrir la viga en el ojo propio y encontrarla mucho más interesante que la paja en el ojo del hermano. Con ello se consigue que circule el aire entre unos y otros, mientras que todo lo demás sólo puede conducir a la asfixia. Con ello no cambia todo, pero sí algo. Al llevar mutuamente vuestras cargas, hacéis en lo pequeño y particular lo que Él ha hecho y hace en lo grande y general, Él en cuanto Hijo de Dios y Salvador absoluto...

AMOR

AL hecho del amor de Dios le corresponde, mal que bien, el amor cristiano. Si éste es su imitación, también es un hecho. Amor significa hacer aquello que causa más dicha que recibir: dar. El Eros recibe. El amante da. ¡No es que no reciba nada! Es incluso el obsequiado con más magnificencia en la tierra. Pero sólo disfruta de ello dando... Se da él mismo. Esto suena grandioso, pero en realidad no es nada especial en absoluto. Con ello sólo entrega lo que precisamente sólo puede ser suyo de esa manera, entregándolo. Sale como un hombre de las cavernas a campo abierto, parpadeando un poco, debido a la claridad con que brilla el Sol, ligeramente preocupado porque, además, hace viento y llueve; pero sale. Su vida se convierte en una vida «excéntrica», que tiene su centro fuera de sí misma. Es cuestión de entrega. Ésta incluirá en sí muchas maneras de dar, y entre ellas la libre entrega de dinero... y de tiempo.

Allí donde se ama, allí tiene Dios puesta su cabaña en medio de los pecadores. Quien de verdad ama es sin duda una persona alegre. Y la persona verdaderamente alegre es también una persona que ama. La posibilidad de existir en comunión con Dios, en cuanto amado por él, imitando su hacer, constituye la felicidad de quien ama, aun cuando la respuesta que éste reciba de parte de la persona amada sea escasa o nula, como la de una pared de piedra. Pero él no la ama por su respuesta, sino porque Dios lo ha liberado para amar de ese modo.

COMUNIÓN

CONSTRUIR significa unir. Los seres humanos tienen necesidad de unirse, pues como tales seres humanos tienden en principio a dispersarse. Para alcanzar objetivos concretos, los seres humanos suelen preferir también estar unidos a los demás, pero, precisamente por eso, no unidos del todo. En la comunidad están reunidos para lograr el más alto de los objetivos; su unión debe ser, por tanto, completa y necesariamente duradera: no la unión con un colectivo en cuya existencia el individuo resulta irrelevante, sino unión en libertad. Así, unir no significa en este caso crear una estructura sin juntas, sino precisamente crear una estructura en cuyas juntas se ajusten mutuamente las esquinas y aristas de los distintos elementos de la construcción, de manera que éstos puedan sujetarse y sostenerse mutuamente. Allí donde dos o tres están reunidos en el nombre de Jesús, se conocerán y reconocerán mutuamente como los reunidos por él. El amor construye la comunidad. El amor consiste en que ellos, juntados por Dios, por Jesús, se juntan también entre sí para ser la comunidad apropiada para su servicio en el mundo. Lo mismo que un ser humano «para sí», sin sus semejantes, no sería un ser humano, tampoco un cristiano «para sí» sería cristiano separado de la comunión de los santos. La libertad regia de su fe es la libertad de estar en dicha comunión junto con los hermanos y hermanas, en la posesión a ella asignada y en el servicio a ella ordenado.

7

LA CONDICIÓN HUMANA

PODER VIVIR

NO tienes ninguna obligación de vivir, pero sí puedes vivir. La vida es libertad regalada por Dios. Querer vivir es el querer situado dentro de esta libertad, en la que el ser humano no es precisamente soberano ni está solo, sino que en toda circunstancia tiene por encima de sí a Dios en cuanto Creador, Dador y Señor de su vida. ¿Por qué te empeñas en ser soberano y, consiguientemente, en estar solo, para luego tener seguramente que descubrir, de una manera o de otra, únicamente el vacío en torno a ti, luego desesperarte y, finalmente, pensar en el suicidio? Todo eso tendría algún fuste si tuvieras la obligación de vivir, si la vida no fuera libertad regalada por Dios. Pero, puesto que no es así, todo eso es radicalmente nada: Dios es benévolo contigo. ¿Qué se sigue de ahí? Que puedes vivir sencillamente de eso y, dado que él es Dios, puedes también vivir que él es benévolo contigo. Que, por tanto, puedes sencillamente aceptarlo: él es soberano y tú no. Es él, no tú, quien tiene la responsabilidad de tu vida y carga con ella. Hace de ella lo que quiere, no lo que tú imaginas que debería querer. Él te justifica, te santifica, te salva y te glorifica, cosa que no se te exige a ti. Lo a ti se te exige es tan sólo que te des por satisfecho con eso. Entonces te verás rodeado por él por todos lados y no podrás desesperar: ni de ti mismo ni de tu vida, por fracasada y desdichada o inútil que pueda parecerse. Es —como tú mismo— propiedad de Dios, y por eso todos los ángeles de Dios están contigo.

TIEMPO PROPICIO

«**C**UALQUIER instante que desperdicias, no habrá eternidad alguna que te lo restituya». ¿Qué sabemos nosotros si lo que ahora rechazamos consciente o inconscientemente es algo mínimo y prescindible o, por el contrario, el giro decisivo que determinará, hacia atrás y hacia delante, todo nuestro ser en el tiempo? En este preciso momento no se puede soñar ni con lo pasado ni con lo futuro. Ahora hay que velar, hay que recibir o actuar, hablar o callar, decir sí o no. Puesto que, al existir ahora, estamos sometidos a Dios y ante su presencia, no hay escapatoria posible ante la importancia del ahora, no hay disculpa alguna para descuidar o malgastar el instante presente. Pero no por ello están ausentes de nuestro ahora su gracia y su misericordia. Lo alegre de nuestro presente es en realidad esto: que en él, dado que Dios es el primero y realmente presente, no estamos abandonados por él ni entregados a nosotros mismos, ni en nuestra imbecilidad y apatía ni en nuestro descuido y mal uso de lo que él nos ofrece; por el contrario, en cada ahora podemos contar también con que perdona los pecados, ampara a los hijos descarriados, deja que los cansados peregrinos, pese a todo, den sus pasos cortos y vacilantes; que su sabiduría está por encima de nuestra necedad, y su bondad por encima de nuestra maldad; y que vigila aunque nosotros durmamos y soñemos con el pasado y el futuro, cuando deberíamos aprovechar nuestro ahora, que ya no volverá. Entonces no lo habremos tenido presente en vano en la singularidad de su presencia que no hemos reconocido ni aprovechado, o que hemos malemployado.

ACEPTAR LOS LÍMITES

QUE la criatura puede pervivir gracias a que es sustentada por Dios, significa que puede, como tal criatura, existir dentro de sus límites. Puede tener su lugar en el espacio, su plazo en el tiempo. Puede empezar aquí y acabar allá. Puede llegar, permanecer y partir de nuevo. Puede comprender la tierra y no comprender el cielo. Puede estar aquí libre, y allí atada; aquí abierta, y allí cerrada. Puede entender esto y no lo de más allá; ser capaz de tal cosa y no de otra; Puede realizar esto y no aquello... No es se debe a ninguna imperfección ni a ningún hado funesto el que pueda existir así, dentro de esos límites. Tiene la libertad de experimentar y realizar lo suyo, de hacer lo que pueda, y de tener bastante con ello. Precisamente en esa libertad la conserva Dios y está inmediatamente referida a Dios como origen y como meta. Precisamente en esa libertad está preparada para hacer realidad su destino, es decir, para vivir de la gracia de Dios en virtud de su gracia. Su oportunidad estriba precisamente en que existe aquí y ahora, en que es así y no de otra manera. Y precisamente pudiendo admitir esta oportunidad suya y haciendo de ella el debido uso, alaba a su Creador. «Quiero cantar al Señor toda mi vida, tocar para mi Dios mientras exista». La criatura sólo tropieza con la imperfección, con el hado funesto, cuando quiere alabar a Dios por su cuenta, cuando no quiere reconocer o aceptar sus límites.

DIGNIDAD HUMANA

LOS cristianos pueden y deben reproducir la existencia y la acción de Dios en favor del ser humano, la deferencia con que éste lo trata, de manera que justamente el ser humano sea para ellos el objeto privilegiado de su interés. Precisamente esto es lo que hacen modestamente al buscar, por encima de todo lo demás, al ser humano amado por Dios a pesar de toda su corrupción y su miseria, convirtiéndolo en el auténtico objeto de su interés y haciendo de su derecho, su vida, su libertad y su alegría algo propio. El ser humano les importa. Son «humanistas» desde el principio. No es posible, por tanto, que una cosa les importe en sí misma; las cosas les interesarán sólo en tanto en cuanto favorezcan o perjudiquen —relativamente, de momento— la causa del ser humano, su dignidad. Ninguna idea, ningún principio, ninguna institución u organización tradicional o de nuevo cuño puede ser para ellos premisa básica de su pensamiento, lenguaje y voluntad. Pues ¿dónde se convertiría el hombre de manera más abominable en lobo para el hombre sino allí donde se creyera obligado a salirle al encuentro en el nombre de algún absoluto? Dado que lo que les importa es el ser humano, a los principios no pueden darles más que un sí o un no relativo, y deben oponer una feroz resistencia a todos los principios que pretenden ser válidos de manera incuestionable.

LIBERTAD

ES verdad que un ser humano libre, en la medida en que esta expresión tenga sentido, se esforzará por ser independiente. Pero el ser humano libre no está obligado a querer ser independiente de la presión exterior. También puede soportar cualquier disciplina no deseada.

Uno se acerca al meollo de la cuestión cuando describe la libertad como superioridad del ser humano respecto de cuanto pretende forzarlo interiormente. Las palabras y hechos del ser humano libre permiten reconocerlo como alguien que, en todo caso, tiene bajo control su respeto por la importancia de su propia persona, su temor a sus inferioridades, su tenacidad para seguir estimando las metas escogidas en otro tiempo, su preocupación por su buena fama.

Pero la negación de la falta de libertad nunca puede ser otra cosa, ni siquiera en sus formas más nobles, que una preparación para la libertad. Los seres humanos libres son personas que piensan y actúan de manera positiva: ¡cada uno de ellos constituye un signo de esperanza, de consuelo, de aliento para muchos que siguen sin ser libres! Son necesarios, pues, precisamente para bien de quienes siguen sin ser libres.

Demos un último paso: de suyo, no se entiende que haya seres humanos libres. La libertad es un don libre. El Dios libre, ante el cual todos deben declararse no libres,

pero que quiere cuidar y ha cuidado largo tiempo precisamente de quienes no son libres, es el origen de la libertad. Continuamente crea nuevos seres humanos libres. Y la actividad verdaderamente decisiva de la libertad de éstos, renovada cada mañana, consistirá en invocar: «¡Haznos libres, Señor!».

*«No es bueno que el ser humano esté solo»
(Génesis 2,18)*

EL PRÓJIMO

QUIEN ve al ser humano sin el prójimo, sencillamente, no lo ve. Quien a priori y desde la primera mirada y palabra no sabe ni toma en cuenta que el ser humano tiene un prójimo, no lo ve en absoluto. Preguntamos por la luminosidad del ser humano a la luz del hombre Jesús: a la luz del hecho de que el hombre Jesús está por él. El hombre Jesús es, en efecto, el salvador del ser humano que niega su propia humanidad. Pero de ahí no se sigue que éste haya dejado de ser persona humana, ni que nos esté permitido o sea en modo alguno necesario interpretar su inhumanidad justamente como su humanidad, tomar la obra de su pecado por la obra de la buena creación de Dios. El hecho de que en el hombre Jesús tenga a su salvador constituye la prueba de que no ha dejado de ser persona humana. Tal hecho indica que el buen pastor ha salido buscando el bien de su oveja perdida, a la que sigue considerando miembro de su rebaño. Esto es lo que hace a priori insoportable e implanteable la idea de un ser humano sin prójimos. Toda supuesta humanidad que no sea ya en su raíz «co-humanidad» será «in-humanidad». La índole humana de todo ser humano consiste en la determinación de su ser como convivencia con el otro ser humano. Su manera concreta de ser humano no es ser para sí, sino ser junto con los demás seres humanos: así responde a su definición como socio de una alianza con Dios; así es el ser a favor del cual está Jesús; así es, por tanto, el verdadero ser humano.

EXTRANJEROS

ALLÍ donde resuena y se escucha el mandamiento de Dios, los conceptos de patria y de pueblo evidencian ser susceptibles de ampliación. Quien vive en la obediencia puede, sin ser infiel, sentirse en su casa también en tierra extraña. Volverá a encontrar su patria, no sólo allá donde le va bien, sino en cualquier lugar en el que está llamado a hacer el bien. Y si su manera de ser le hiciera sentirse como extraño en medio de su propio pueblo y país, sólo le moverá el deseo de robustecer las fuerzas interiores del propio pueblo y país de manera que no sólo sea capaz de soportar mucha tierra extranjera –quizá también a muchos extranjeros que en él buscan una segunda patria–, sino también de apropiársela y hacerla fecunda tanto en su propia vida como exteriormente. Por el contrario, lo que en un país no pueda resistir como lo objetivamente mejor en virtud de su fuerza interior, sino que se venga abajo ante la «extranjerización», tampoco merecerá ser defendido contra ella con medios exteriores. Hay en cada país bastantes costumbres autóctonas para las que una radical influencia y revisión por parte de extranjeros, con su manera de ser, significaría una suprema ganancia. El propio pueblo no puede ni debe ser en su territorio un muro, sino tan sólo una puerta. Una puerta que en ningún caso se debe cerrar con cerrojo, y menos aún a cal y canto.

EL INSTANTE DE LA MIRADA

ÉSTE es el sentido humano del ojo: que el ser humano se haga visible al ser humano cara a cara. La expresión «eso no es asunto mío» o «eso no es asunto tuyo» resulta desagradable casi en cualquier circunstancia, porque en casi todos los casos significa que el ser de tal o cual semejante no es cosa mía, y que mi ser no es cosa de tal o cual semejante; ni quiero verlo ni quiero dejarme ver por él, porque mi apertura de espíritu tiene sus límites en lo que a él respecta. En la medida en que salimos de nosotros mismos y no nos negamos, por tanto, a reconocer al otro, ni tememos ser también reconocidos por él, existimos humanamente, y existimos por lo demás en las más abisales profundidades de la humanidad. (No tiene por qué ser así, pero es un hecho de experiencia que allí donde se cree percibir más de la profundidad que de las alturas de la humanidad, ¡se es, sin embargo, mucho más humano que en esas supuestas alturas!). La participación que uno permite al otro de la manera más simple con el hecho de verse y dejarse ver es el primer paso imprescindible hacia la humanidad, sin el cual los siguientes no pueden llegar a darse. ¡Instante grande, solemne, incomparable, en el que entre ser humano y ser humano se llega quizá al «instante de la mirada», a saber, a mirarse a los ojos y descubrirse mutuamente!

HABLAR CON LOS DEMÁS

EL yo y el tú deben hablar, el yo y el tú deben escuchar, es decir hablar uno con otro, escucharse mutuamente. Ése es el sentido humano del lenguaje. El lenguaje significa, en sentido amplio, recíproca expresión y recíproca percepción de la expresión; recíproca interpelación y recíproca percepción de la interpelación. Ninguno de estos numerosos elementos puede faltar. En los sentidos de la boca y del oído humanos, por tanto, todo depende de que el ser humano y su prójimo hablen uno con otro y se escuchen mutuamente, de que la expresión y la interpelación sean recíprocas. Como es sabido, lo mismo que es posible verse sin mirarse, también lo es hablar y oír sin hablar con el otro ni escucharlo. Cuando esto sucede, supone siempre que, de hecho, no estamos en el encuentro y que, por tanto, somos inhumanos. Dos personas pueden conversar abiertamente, a fondo y con empeño; pero si sus palabras están sólo al servicio de su necesidad personal, y al hablar con el otro lo único que desea cada una de ellas es afirmarse y ayudarse a sí misma, seguramente no llegarán a encontrarse. De dos monólogos no puede salir en ningún caso un diálogo. El diálogo, y con él la humanidad del encuentro, sólo empieza cuando la palabra pronunciada en ambas direcciones se convierte en el medio de buscar al otro, de servir al otro, es decir, de ayudarlo debidamente en el apuro que uno le crea al otro. Entonces no cruzarán palabras sin encontrarse, sino que hablarán uno con el otro y uno al otro.

CONTRA CORRIENTE

NADA ha cambiado: el cristiano en su entorno –por más que éste sea supuestamente cristiano, quizá incluso muy conscientemente cristiano– siempre será un bicho raro y amenazado. El camino del cristiano, por solidario que éste pueda ser con el mundo, no puede en modo alguno ser el camino del mundo, y menos aún de un mundo supuestamente cristianizado. Tendrá que seguir, en lo grande y en lo pequeño, su propio camino desde el lugar que lo mueve, y por eso, en todo cuanto piensa, dice y defiende –abiertamente en unos casos, menos abiertamente en otros, pero siempre, en realidad– será un extraño que dará muchas ocasiones de escándalo. A unos les parecerá demasiado ascético, y a otros demasiado optimista o demasiado preocupado; unas veces le tacharán de individualista, y otras de colectivista; unas veces de autoritario, y otras de libre-pensador; unas veces de burgués, y otras de anarquista... Rara vez se le podrá encuadrar en la mayoría que predomina en su entorno. En cualquier caso, nunca se dejará llevar por la corriente. Las grandes evidencias no tendrán nunca para él validez absoluta, aunque tampoco la tendrá la absoluta negación de las mismas, de manera que difícilmente se le podrá contar tampoco entre quienes aplauden a los revolucionarios de turno. Y no cultivará su libertad de pensamiento a escondidas, sino que la manifestará con sus obras y con una conducta libre que nunca será del agrado de la gente.

EN EL BRAZO MÁS LARGO DE LA PALANCA

EN todo el mundo no hay para la Iglesia sino una única posibilidad: ser sencillamente Iglesia. La Iglesia son quienes están en torno a Jesús y aquellos a los que Jesús puede ver a su alrededor. La Iglesia es el «círculo» de Jesús, el grupo de quienes en este mundo totalitario se nutren simplemente de la palabra de Dios. Y cuanto más totalitariamente se comporta el mundo, tanto más libremente pueden ellos creer y ser obedientes, porque Jesús está ahí, y la Iglesia a su alrededor. Cuando la Iglesia obra así, su existencia es posible. Entonces, aunque se vea oprimida, es el refugio de la libertad. Entonces es la Iglesia poderosa, quizá lo único poderoso que hay en este mundo impotente, tan sometido a tantos poderes. La Iglesia tiene la maravillosa posibilidad de estar, frente al mundo, en el brazo más largo de la palanca, y de estarlo absolutamente alegre y en paz, sin tensiones de ningún tipo. La Iglesia también puede esperar. Y sabe que no espera en vano. La Iglesia sabe que todas las totalidades del mundo –falsas divinidades, en realidad– son mentira. En último término, de las mentiras no podemos tener miedo, porque la mentira nunca llega demasiado lejos. Y esto es algo que la Iglesia sabe. Cuanto más viva la Iglesia en la humildad y más consciente sea de cuánta mentira hay en nosotros mismos, con tanta más seguridad sabrá también que Dios está al mando, frente a nuestra mentira y frente a la mentira del mundo. Entonces perseverará la Iglesia en su tarea y le estará vedado sentir miedo por su futuro, porque su futuro es su Señor.

MISIÓN

LA comunidad de Jesucristo es para el mundo, y precisamente por ello es para Dios, porque Dios, ante todo, es para el mundo. Y la comunidad de Jesucristo, a su vez, al ser primero para Dios, no tiene más remedio que ser a su manera para el mundo. Salva y conserva su propia vida arriesgándola y entregándola por las demás criaturas humanas. Ciertamente la comunidad es el pueblo que, en virtud de la palabra de Dios, está segregado del mundo. Pero al ser llamado a salir del mundo llamado más que nunca a entrar en él. Puesto que viene de la mesa del Señor, no podrá rehusar, después de cuanto le ha acontecido, sentarse a la mesa con los demás, con todos los pecadores. Para huir del mundo tendría que huir del amor de Dios. Se pondría al mismo nivel que el mundo precisamente si, tratando de salvaguardar su pureza, no quisiera comprometerse con él. Es verdad que el mundo piensa poder conservarse propiciando que todos busquen su propia satisfacción. Lo que necesita no es verse una vez más fortalecido en sí mismo mediante otra variante de su propia manera de ser, sino ser remitido más allá de sí mismo gracias a una praxis inequívoca. Espera que aparezca un samaritano en medio de él. La comunidad cristiana no es en sí misma el samaritano que viene al mundo como salvador, pero sí es enviada al mundo para servir activamente a dicho samaritano. En la *diakonía* deja claro su testimonio de él: aquélla es el servicio samaritano que, en comunión con él (con él, que fue prójimo del ser humano perdido), debe prestar a quien cayó en manos de los salteadores. En la *diakonía*, ella va y hace lo mismo.

CULTO POLÍTICO

LA Iglesia no debe nunca dejar de ser la Iglesia. La comunidad cristiana tiene una tarea de la que la comunidad civil jamás podrá eximirle y a que tampoco puede desempeñar de la manera en que la comunidad civil desempeña la suya. Anuncia el señorío de Jesucristo y la esperanza en el Reino venidero de Dios. La comunidad civil no tiene que transmitir ningún mensaje de este género, aunque sí se le pide que no prescinda de él; tampoco ora, pero sí se le hace saber que se ora por ella. En cambio, precisamente al cumplir la tarea que le es propia, la comunidad cristiana se ve implicada también en la tarea de la comunidad civil. En efecto, al creer en Jesucristo y anunciar a Jesucristo, cree y anuncia a quien, como Señor de la Iglesia, es también Señor del mundo. La comunidad cristiana ora por la comunidad civil; pero al hacerlo se hace responsable de ella ante Dios, cosa que no haría en serio si, al tiempo que ora por ella, no trabajara además activamente en su favor. Sirve a Dios y, precisamente por ello y con ello, al ser humano. La comunidad cristiana está fundamentada en el reconocimiento del Dios que, siendo Dios, se hizo hombre, convirtiéndose de ese modo en prójimo del ser humano. Lo cual conlleva inevitablemente que la comunidad cristiana se ocupe ante todo del ser humano, y no de ninguna otra cosa, tanto en el ámbito político como en cualquier otra circunstancia. Después de que Dios mismo se hiciera hombre, el ser humano es la medida de todas las cosas.

SER PARTE

A la hora de verterse en la realidad, la confesión de fe entra necesariamente en contacto con las cuestiones que en cada momento mueven a la Iglesia y al mundo. Pero no lo hace atendiendo a dichas cuestiones en cuanto tal ni a su respuesta, sino al testimonio de Jesucristo que es preciso dar en el presente. Por eso da ese testimonio en cada época «como si nada hubiera pasado», pues ciertamente hoy como ayer, aquí como allá, sólo tiene que testimoniar a Jesucristo. Pero lo hace siempre en función de lo que ocurrió. No habla sobre la situación, sino sobre el acontecimiento dentro de la situación —¡de la especial situación por él mismo escogida y caracterizada!—. No habla desde el espíritu de la época, sino a él y con él, precisamente. Tomar partido, es decir, subordinar la propia causa a alguna otra, es una cosa; ser parte —en la propia causa, por propia iniciativa, porque el testimonio de Jesucristo exige que se responda sí o no— es otra cosa bien diferente. Una Iglesia que por puro miedo no se atreva siquiera a ser rozada por un «guardabarros», ni a manifestarse ni a tomar partido; una Iglesia que ya no se atreva a ser parte, ha de considerar si no estará necesariamente comprometiéndose con alguien: con el diablo, que no conoce mejor aliado que una Iglesia que en la dificultad, y para conservar sin mancha su reputación y su apariencia, se mantenga eternamente neutral y silenciosa, limitándose a lo más a meditar y a discutir interminablemente: una Iglesia que, demasiado preocupada por la trascendencia nada fácil de amenazar del Reino de Dios, se haya convertido en un perro mudo. Eso es lo que no debe ocurrir.

UNA PALABRA SINCERA

LA comunidad cristiana sabe a quién le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Precisamente por eso sabe distinguir entre el poder terrenal auténtico y el falaz, entre la autoridad establecida por Dios y la caprichosamente inventada y entronizada por los seres humanos. Por eso está agradecida a todo poder y autoridad auténticos, verdaderos, establecidos por Dios, que ponen límites a la inhumanidad y crean un espacio para la humanidad. La comunidad cristiana no debe ser indiferente en este asunto. Con demasiada frecuencia se ha dejado intimidar en este campo y ha callado cuando habría tenido que hablar. La comunidad cristiana como tal no puede ni debe, ciertamente, hacer política. Pero sí puede y debe hacer saber a los pueblos y gobiernos que la política es culto divino, que la justicia y la libertad son dones de Dios. Puede y tiene la obligación de preguntar, llamar, rogar, exhortar, con toda sinceridad y amor, allí donde el Estado amenaza con diluirse o, por el contrario, con anquilosarse; allí donde amenaza con ponerse al servicio de la injusticia y no de la justicia, de la falta de libertad y no de la libertad; allí donde amenaza con ofender al ser humano, a Dios o a ambos. La comunidad cristiana es responsable de lo que suceda o deje de suceder en el Estado. Le debe a éste su palabra sincera. ¡Mejor será salir tres veces de más que una de menos en favor de los débiles; mejor será alzar exageradamente la voz que mantenerla en un tono discretamente bajo allí donde están amenazadas la justicia y la libertad!

GUERRA Y PAZ

ENTRE las tareas normales del Estado no se encuentra propiamente la de hacer la guerra; por el contrario, su tarea normal consiste precisamente en organizar la paz de manera que sirva a la vida y mantenga, en cambio, alejada la guerra. Cuando un Estado no se ocupa como es debido de su tarea normal, antes o después se ve empujado a enfrentarse a la anormal tarea de la guerra y a cargar además a otros Estados con dicha tarea anormal. Cuando el tema no es el ser humano, sino el capital que produce intereses, cuyo mantenimiento y multiplicación es el sentido y la meta del ordenamiento político, ya se ha puesto en marcha el automatismo que un día enviará de caza a los seres humanos, a matar y ser matados. Contra esta corrupción de la paz, de nada sirven ni el supuesto amor de las masas a esa paz ni las palabras huecas de los idealistas contra la guerra, por bienintencionadas que sean. Cuando se parte de una paz que no es una auténtica paz, la guerra puede resultar inevitable, naturalmente. Se necesita poca fe, entendimiento y valor para condenar la guerra por principio. Y no se necesita ninguna fe, entendimiento ni valor para aullar, con los lobos, que la guerra, por desgracia, y al igual que la paz, pertenece al orden del mundo. Pero se necesita fe, entendimiento y valor cristianos para gritar a los pueblos y a los gobiernos que lo urgente es la paz: en ella se ha de emplear todo el tiempo, toda la energía y toda la capacidad de que se disponga, para que los seres humanos puedan vivir, es decir, vivir bien, de manera que no tengan ya motivo alguno para recurrir a la guerra.

RICOS Y POBRES

«**R**ICOS»: cuando oímos esta palabra, probablemente pensamos en personas que poseen un montón de acciones y quién sabe cuántas otras cosas por el estilo. Si esas personas consideran que tener y disfrutar tales cosas constituye el sentido de la vida, pertenecen, en efecto, al número de los ricos. Pero ricos son todos los que corren afanosamente de un lado para otro con la pretensión de que, en el fondo, Dios y los demás deben estar verdaderamente contentos con ellos. A éstos ha despedido vacíos Dios. No les ha hecho mal alguno. Simplemente, los ha dejado con todos sus bienes. Simplemente, no tenía nada que decirles ni que darles. ¡Ricos pobres!

Lo cierto es que los ricos pobres sólo pueden hacer como si fueran ricos. Con su riqueza se mienten a sí mismos, a Dios y a los demás. En realidad, nadie queda satisfecho con lo que es y lo que tiene. Por tanto, existe ya una esperanza para los ricos. El rico pobre debería limitarse a decir y reconocer: ¡Oh Dios, ten misericordia de mí, que soy un pecador! Con un golpe de pecho, todo sería diferente. Entonces ya no sería un rico pobre, sino un pobre rico. Entonces oiría lo que el ángel dijo a los pastores: «Os anuncio una gran alegría. Hoy os ha nacido el Salvador». A quienes eran los más pobres de todos, los ha convertido en los más ricos. Y lo ha hecho haciéndose hermano suyo. ¿Sabéis cuál es el signo seguro de que alguien es un pobre rico?: inmediatamente le interesará saber que hay millones de personas a las que les falta incluso el pan. Entonces reconocerá en ellas a sus hermanos y hermanas y obrará en consecuencia.

CASO POR CASO

LOS posicionamientos confesionales de la Iglesia, vinculantes desde el punto de vista espiritual y teológico, le son exigidos de vez en cuando en el ámbito político, allí donde está llamada a dar razón de su fe analizando concretamente con la palabra de Dios un fenómeno determinado en cumplimiento de su ministerio. No tiene que hacerlo de manera intemporal, con tales o cuales «ismos» y sistemas, sino con las realidades históricas que en cada caso se ponen a la luz de la palabra de Dios y de la fe. No está obligada por derecho natural alguno, sino por su Señor vivo. Por eso nunca piensa, habla ni actúa «por principios». Más bien, juzga espiritualmente y, por tanto, caso por caso. Por eso se niega a toda sistematización de la historia política y de su propia participación en ella. Por eso se reserva la libertad para valorar de manera nueva fenómenos también nuevos. Si no corrió ayer por un carril, no por ello está hoy obligada a seguir corriendo por este otro. Si ayer habló desde su posición y en el ejercicio de su responsabilidad, hoy también puede y debe callar si desde su posición, y en el ejercicio de su responsabilidad, callar parece ser la mejor opción. Su mejor manera de cuidar de la unidad y continuidad de la existencia teológica es precisamente no perder los ánimos de ser siempre de nuevo existencia teológica «hoy».

BIEN COMÚN

CUANDO rezo de veras, no puedo estar inactivo. No puedo limitarme a decir: «¡Ay, Dios mío!, ocúpate de...». Por el contrario, cuando rezo por unas personas –en este caso, por las constituidas en autoridad–, me hago responsable de ellas. Llegado a este punto, tan sólo me queda ya por dar un pequeño paso: debo reconocer que yo mismo soy también una persona de autoridad. Los seres humanos a quienes está encomendada la pervivencia del Estado no son únicamente determinadas autoridades puestas al frente del mismo, sino también quienes son dirigidos o administrados por dichas autoridades. Para este segundo grupo, «responsabilidad política» significa dos cosas: que tienen que orar por la existencia del Estado –ellos mismos son el Estado– y por lo que sucede en nombre del Estado; y que, además, deben trabajar por ello. Todos tienen que responsabilizarse de la existencia del Estado, de su realidad y de sus aspectos buenos y malos. Lo importante es establecer la justicia y la paz. La justificación del Estado es que hay un mandato divino encaminado a este fin. El Estado tiene que servir al bien común; por tanto, a la justicia, a la paz y a la libertad. Libertad... no en el sentido de que cada cual pueda hacer lo que quiera, sino entendida precisamente como responsabilidad personal de todos. El Estado tiene que atender al bien común y favorecerlo sustentándose sobre la base de la libertad. ¡No se trata de una prosperidad dirigida, sino de una prosperidad buscada, querida y realizada por todos!

LA PACIENCIA DE DIOS

DIOS es paciente. La paciencia se da allí donde uno espera a otro dejándole plena libertad. La paciencia de Dios es su voluntad de dejarle al otro –por su misericordia y como afirmación de su santidad– espacio y tiempo para su propia existencia. Dios no ejerce su misericordia arrollando a quien es objeto de ella. La misericordia de Dios depende precisamente de su paciencia: ese dejar margen a la criatura pecadora con la que Dios crea para sí un espacio en el que seguir hablando y actuando con ella. Dios tiene tiempo. Y el hecho de que tenga tiempo para nosotros es lo que caracteriza como ejercicio de paciencia todo su proceder con respecto a nosotros. No es que la paciencia de Dios abandone al ser humano a su suerte. Dios no es de miras estrechas. Sabe muy bien qué clase de criaturas somos. Pero, por saberlo, tiene una razón real para tener paciencia con nosotros: la razón que él mismo ha dado. Si deja que todos sigan sus propios caminos, si una y otra vez les da tiempo (y comida a su tiempo), y si una y otra vez no deja de aguardarlos en el Todo, es porque ya los alcanzó en el Uno. Lo hace porque en ese Uno, en el que se entregó a todos, todos cayeron ya en sus manos. A causa de ese Uno tiene Dios paciencia con todos. No con el fin de dejarles espacio y tiempo para obstinarse en su impenitencia. Lo que la paciencia de Dios les permite es precisamente recorrer el camino de la fe.

*«Recuerda el día del sábado»
(Éxodo 20,8)*

SÁBADO

EL mandamiento del día festivo explica todos los demás mandamientos. Pues al exigir al ser humano que se distancie de sus propias obras, declara que el Dios que manda, que ha hecho al ser humano capaz de realizar lo que le ha encomendado, es el Dios que en Jesucristo le muestra su misericordia. Le remite, de todo lo que él mismo puede llevar a cabo, a lo que Dios quiere hacer por él. El día festivo es, en su singularidad, un signo de lo que constituye el sentido de todos los días. La libertad, la despreocupación y la falta de programa, que constituyen su carácter singular, deben irradiar también desde él sobre el día laborable, en el que no pueden resaltar igual —y lo mismo la alegría y la apertura a los demás, sin las que ese día no resulta realmente imaginable—. Cuando el día laborable es sólo día laborable, sólo día de cárcel, día de preocupaciones, día de programas, sólo día de absoluta seriedad, sólo día de autoayuda y justificación de uno mismo, ¿qué clase de domingo le ha precedido?; ¿cómo puede entonces el día laborable ser, de hecho, un día laborable como es debido? Quien cree en el domingo puede creer también en el día laborable. Trabajaré durante la semana de manera sobria y diligente, pero ni como señor ni como esclavo de su trabajo. Durante la semana tendrá presentes una meta tras otra, y sin embargo no quedará a merced de Mammón, el ídolo del dinero. Aun cuando discuta cada día, tendrá paz, y aun

cuando trabaje cada día, se detendrá y orará. Tomará totalmente en sus manos sus propias riendas y, a la vez, se abandonará totalmente en manos de otro. Además, en el día laborable nunca tendrá miedo. ¿Por qué? «No somos nosotros, sino del Señor». Y esto es lo que necesita ser practicado en el día festivo.

TRABAJO

EN general, en todos los campos del trabajo humano la cuestión es que los seres humanos quieren «ganarse» la vida. Lo decisivo, lo que el ser humano necesita para existir, sólo puede dárselo Dios. Pero a él le queda, al menos cuando está sano, un espacio en el que puede ocuparse de lo que garantiza su existencia. En dicho espacio el ser humano se esfuerza por ganarse el sustento. Ahí manifiesta, en efecto, su propia aceptación activa de su existencia. Ahí se hace cargo de sí mismo. Cuando el ser humano se hace cargo de sí mismo, está siempre expuesto al peligro de hacerse, y dejarse hacer, prisionero. Por tanto, su trabajo precisamente se debe proteger para evitar que esa amenaza se cumpla. Para hacerlo como es debido, el trabajo requiere distensión. El trabajo realizado en tensión es un trabajo enfermo, malo, que se opone a Dios y destruye al ser humano. En este caso, en efecto, suele, de hecho, perderse la dimensión comunitaria del verdadero trabajo. Se enreda la mirada en las justificadas exigencias vitales, y el ser humano se entrega humano a apetitos vacuos. Suele olvidarse también de preguntar por la distinción entre objetivos laborales razonables y absurdos. Tampoco estará ya en situación de trabajar con sobriedad. La tensión convierte el trabajo en una plaga. Podemos dejarnos rescatar de esa presión. El ser humano puede y debe trabajar. Puede y debe aceptar activamente su existencia, pero sólo con la mirada puesta en que ésta se encuentra ya afirmada por su creador, y con el alivio que se deriva del hecho de saberlo.

PARTIDA

LA partida tiene lugar allí donde algo existente hasta el momento pasa a estar anticuado y debe quedar atrás, al haberse convertido en noche pasada, y donde en su lugar se anuncia algo nuevo, está llegando un nuevo día. El modelo nunca suficientemente analizado y reflexionado es el éxodo de Israel de Egipto hacia la tierra que se le había prometido. Allí Israel se despide resueltamente de algo conocido, en ese momento todavía muy cercano y que quizá tenía también sus ventajas (por ejemplo, las famosas ollas de carne de Egipto). Y allí se vuelve Israel decididamente hacia algo todavía lejano, a lo cual dice «sí» con esperanza y que, al fin y al cabo, tiene la desventaja de ser todavía bastante desconocido en su espléndido aspecto. Al partir, la Iglesia ha elegido. Se ha vedado de antemano sentir nostalgia de lo que deja tras de sí. Saluda y ama lo que ya tiene por delante. Todavía está aquí, y sin embargo ya no está aquí; todavía no se encuentra allí, y sin embargo ya se encuentra allí. Tiene por delante una larga peregrinación —con luchas, padecimientos, hambre y sed—. No se puede negar que suspira. Pero menos aún se puede negar que se alegra. De acuerdo con ello, piensa, habla y actúa. En esta crisis consiste la partida de la Iglesia: el pueblo de Dios todavía cautivo y ya liberado.

NUESTRA CRUZ

LA cruz que hay que llevar en pos de Jesús le sobreviene al cristiano sin que éste lo desee ni lo propicie. Nadie ha de temer que no le llegue. Lo único que se ha de temer es que pueda negarse obstinada o astutamente a aceptarla; que, apenas más o menos aceptada, se apresure a arrojarla de nuevo lejos de sí. Lo único que se ha de temer es que entonces ciertamente tenga que padecer de un modo u otro, pese a todo, pero como un impío, sin el consuelo ni la promesa de compartir los sufrimientos de Jesús. El cristiano tiene que orar para que esto no suceda, para que el Espíritu Santo lo haga libre para aguantar la cruz que le ha sido asignada. Tal asignación no es una última, sino una penúltima palabra. Propio de la esencia de la cruz que ha de llevar el cristiano es que tenga una meta y, por tanto, también un final. Supone imposición de límites, y por eso duele. Pero esa misma imposición de límites no es ilimitada. Soportada participando en la pasión de Jesús, quedará revocada precisamente allí donde la pasión de Jesús señala a nuestra vida con la fuerza de su resurrección y con su propia vida. Lo eterno no es nuestra cruz, sino la vida inaugurada en virtud de la muerte de Jesús en la cruz. «Cuando el invierno su nieve pierde, llega el verano hermoso y su color; también, por tanto, tras el dolor, se alegra quien aguardarlo puede». En efecto, en el tiempo intermedio de esta espera tampoco puede faltar la alegría anticipada.

TENTACIÓN

LA religión puede ser un asunto privado, pero la obra y la palabra de Dios es la reconciliación del mundo con Dios acontecida en Jesucristo. Dios, sin embargo, no ha dicho aún su última palabra en este asunto. Es decir, todavía no ha hablado universalmente de la obra de Dios acontecida en él: todavía no ha llegado el momento en que todo oído, toda razón y todo corazón tengan que escucharlo. Esto significa que el cristiano se encuentra, frente a casi todos los demás, en relativa soledad. Sólo podrá verse a sí mismo como perteneciente a una minoría que, bien mirado, casi está a punto de desaparecer. Este aislamiento requiere aguante. ¿Qué pretenden, pues, esos pocos e insignificantes cristianos? ¿Qué esperan conseguir con eso en la gran feria, en el gran campo de batalla, en la gran prisión y manicomio que parece ser continuamente la vida de la humanidad? ¿Qué es, de hecho, esa fuerza divina del Evangelio que alaba Pablo, en comparación con las fuerzas del Estado, de la economía mundial, de las ciencias naturales y de la técnica? En la arena tendría que esconder su cabeza el cristiano para no sentirse tentado por todo ello —y en arena aún más honda si, para escapar a esta cuestión, quisiera replegarse en su propia fe y amor—. Pero es sensato y necesario aguardar firme ante esta frontera, es decir, contar incondicionalmente con que el día en que Jesucristo venga a completar la revelación, será con toda seguridad el día en que los muertos y los vivos oirán su voz.

PASAR

ASÍ debe ser, porque él viene, y con él el misterio de la gloria. El mundo con sus concupiscencias no puede subsistir justamente ante él. Al venir él, es juzgado el mundo: no sólo el mundo malo, sino también el bueno. Debido a su venida, no puede ser de otra manera: saltan astillas, caen cascotes, él nos va quitando una a una las cosas de la mano. Pues tú piensas: «Esto y lo de más allá debo conservarlo, porque me lleva hacia adelante». Pero él, el que ahí viene, dice con toda tranquilidad: «No, eso no te lleva hacia adelante, sino que te frena; ¡dámelo!, ¡fuera con ello!»... Tú piensas: «Esto y lo de más allá me resulta saludable y me hace bien»; y él, el que ahí viene, dice: «No, no es verdad, eso te hace enfermar. ¡Dámelo!, ¡fuera con ello!»... Tú piensas: «Esto y lo de más allá es verdadero y obvio»; y él, el que ahí viene, dice: «No, eso es confusión y error; ¡dámelo!, ¡fuera con ello!»... No puede ser de otro modo: cuando viene él, debemos retirarnos nosotros. Cuando él se hace grande, debemos nosotros menguar. Donde él vive, debemos nosotros morir. ¿Y por qué ha de ser así? Sencillamente, porque el misterio de nuestra vida, que en él nos sale al encuentro, consiste en aquello que Dios quiere hacer y sacar del mundo y de nosotros. Dios ama al mundo. Lo ama precisamente en cuanto que lo hace pasar ante la venida de su Reino. El amor de Dios significa: «¡Yo lo hago todo nuevo!». De ahí que no pueda ser de otra manera: primero ha de morir lo viejo.

MORIR

TAMBIÉN para el cristiano significa «final» en sí y como tal: ¡hasta aquí, y no más allá! Has tenido tu tiempo, y ya no tienes más ante ti. Se te dio toda clase de oportunidades, posibilidades y energías. Ahora ya se han acabado, y no has de esperar ninguna más. Ahora ya no hay nada, absolutamente nada que se pueda cambiar, mejorar o reparar. «¡Debes partir, tu reloj se ha parado!» ¿Acaso no fue todo un simple precalentamiento —y cuán penoso y mísero, interior y exteriormente!—, quizá, visto de cerca, una única salida nula? ¿Ha sido esto realmente todo?, ¿será definitivamente demasiado tarde para todo lo demás, al menos en lo que a él respecta? Ahora bien, lo que el cristiano aguarda, en la medida en que puede abrigar esperanza, no es precisamente un «fin en sí». Ninguna esquelética Muerte mantendrá ahí triunfalmente en alto el reloj de arena detenido, ni acabará con él de manera irrevocable. Sino que será aquel, precisamente aquel en quien durante este tiempo suyo pudo testimoniar que creía y a quien pudo testimoniar que amaba, quien le gritará su «¡Alto!» incondicionalmente bueno, justo y saludable cuando, según su benévolo plan y designio, llegue el momento, quien le diga que ya es suficiente, que ya no se espera nada más de él. ¿Cómo podría llegar demasiado pronto la conclusión que de la existencia cristiana se ha de esperar de Él? Viniendo de él, sólo puede ser un acontecimiento que inequívocamente se ha de calificar de grato, pues será un acontecimiento de gracia.

*«Para él todos viven»
(Lucas 20,38)*

LOS PREDECESORES

EN la única «comunidad de los santos» no sólo tienen razón quienes viven en un determinado momento, sino también los muertos; tampoco hablan y actúan tan sólo quienes viven en un determinado momento, sino, juntamente con ellos, sus predecesores: sus palabras y obras; su historia, que en modo alguno se cierra con su tránsito, sino que muy a menudo sólo entra en su fase decisiva mucho tiempo después de su partida y en medio de la posteridad, y que está conectada de manera absolutamente indisoluble con la historia del respectivo presente. En dicha comunidad rigen entre los pecadores allí reunidos en Cristo diversas acciones recíprocas: sostener y ser sostenido, preguntar y ser preguntado, y un deber de rendir cuentas. En la Iglesia no hay pasado. «Para él todos viven». Alguien verdaderamente pasado, que no tuviera ya nada más que hablar con los demás, no podría ser sino el archiereje, el que incluso para la Iglesia invisible de Dios está totalmente perdido. Sólo hay herejes relativos, y por eso los considerados siempre como tales pueden y deben también tomar parte en la conversación con su reconocida necesidad. Dios es el Señor de la Iglesia. No podemos anticipar qué colaboradores de tiempos pasados nos vienen bien en nuestro propio trabajo y cuáles no. Siempre cabe la posibilidad de que necesitemos de manera muy especial voces totalmente insospe-

chadas, y entre ellas, ante todo, voces totalmente rechazadas. La historia quiere dar testimonio de la verdad de Dios, no de nuestros logros, y por eso ante ella hemos de deponer continuamente todo supuesto saber previo y estar dispuestos a enterarnos de algo nuevo.

10

ENTONCES VEREMOS

LA MUERTE DE LA MUERTE

¿QUÉ es la muerte junto a Dios? La muerte es nuestro último enemigo, sí, pero no tiene en su mano la posibilidad de hacer con nosotros cuanto quiera. Dios la ha movilizado, pero también puede desmovilizarla. Dios la ha armado, pero también puede desarmarla. Así, en la muerte no estaremos solos con la muerte, ni en el reino de un «segundo Dios», sino que con la muerte entrará también en escena el Señor de la muerte. Caeremos en sus manos, no en otras. No hemos de temer a la muerte, sino a Dios. Pero ni siquiera podemos temer a Dios sin consolarnos precisamente con él. ¿Y qué otra cosa significa esto, entonces, sino que Dios es, en medio de la muerte, nuestro salvador y redentor? Nos sobrevendrá la obra ineluctable, amarga y terrible de la muerte. Pero Dios será para nosotros la plenitud de todo bien, incluso en el momento en que eso nos suceda. Así, en la muerte no podrá ocurrirnos en ningún caso que dejemos de estar bajo el señorío de Dios, de ser su propiedad y objeto de su amor. El poderío de la muerte no llega hasta el punto de que ésta pueda modificar de algún modo tal situación. Nuestra muerte es nuestro límite, pero nuestro Dios es también el límite de nuestra muerte. Ésta puede arrebatararnoslo todo, pero es incapaz de conseguir que Dios deje de ser Dios, nuestro salvador y redentor y, como tal, nuestra esperanza. No puede hacerlo. Y si no puede hacerlo, hay que preguntar muy en serio: ¿de qué es, entonces, realmente capaz?

ESPERANZA DISCIPLINADA

ALLÍ donde esté, la Iglesia tiene una meta: el reino de Dios. Esta meta de la Iglesia constituye una inquietud permanente —¿cómo podría ser de otro modo?— para los hombres que forman parte de la Iglesia, cuya actividad no guarda proporción con la grandeza de dicha meta. Ahora bien, no se debe permitir que ello haga perder el gusto por la existencia cristiana. Cuando se compara la Iglesia con su meta, bien puede suceder que uno quiera retirar la mano que había puesto en el arado. Quien no conoce esta congaja, seguramente no ha visto aún el auténtico dinamismo de esa realidad. Sólo se puede estar en la Iglesia como está el pájaro en la jaula, chocando una y otra vez contra la reja. ¡No se trata de nuestra miseria de predicación y liturgia, sino de algo más grande! Pero allí donde vive la Iglesia apostólica se conoce en verdad este anhelo, mas no se sale huyendo. Si realmente esperamos el reino de Dios, no nos avergonzaremos de encontrar a la Iglesia una, santa y universal en esta comunidad concreta. La esperanza cristiana, que es lo más revolucionario que pueda pensarse, y junto a la cual todas las demás revoluciones no son más que cartuchos de foguero, es una esperanza disciplinada. Pone al hombre en el lugar que le corresponde. Allí donde el hombre puede estar a la vez completamente intranquilo y completamente tranquilo, donde puede estar así con los demás en la comunidad en la que los miembros se reconocen en el anhelo y la humildad a la luz del humor divino, ese hombre hará lo que tiene que hacer. Así, aguardando y apresurándose, va la Iglesia al encuentro del futuro del Señor.

MÁS INQUIETO QUE LOS MÁS INQUIETOS

TE esperamos, oh Hijo de Dios». Es decir, se trata de la revelación definitiva y universal de Jesucristo tal como es: aquel en quien Dios ha amado al mundo y lo ha reconciliado consigo, ha imputado ya su justicia a todos los seres humanos, ha quitado todos sus pecados, ha alejado todo sufrimiento, ha enjugado toda lágrima, ha acallado todo griterío, ha creado un nuevo cielo y una nueva tierra y ha hecho aparecer en escena a la humanidad nueva. Así creen en él y lo aman ya ahora los cristianos. Pero, como tal, está todavía oculto tanto a ellos como al mundo, ni tampoco le conocen aún «cara a cara». Sólo salen al encuentro de su revelación. E igualmente al de la revelación de su propia condición de hermanos y hermanas suyos y de hijos de Dios salvados y liberados. Ciertamente, en esta revelación tienen la vida eterna, pero sólo en forma de promesa, la que él les ha hecho, no en forma de cumplimiento. De lo que cada cual se alegra anticipadamente en la Iglesia, a partir de la resurrección de Jesús, es del cumplimiento de la voluntad de Dios: que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Más inquieto que los más inquietos, más insistente que los más audaces y apasionados de este entorno, pregunta el cristiano: «¿Por qué te demoras, consuelo del mundo entero?»..., más inquieto y apasionado porque está seguro de este futuro consuelo, porque aguarda conscientemente ese futuro, pleno gracias a Jesús, y le sale al encuentro.

ALEGRÍA ANTICIPADA

QUIEN quisiera cerrarse a la alegría ciertamente no sería una persona obediente. Pues para serlo también ha de querer estar alegre. El ser humano tiene alegría cuando en su vida se cumple alguno de sus grandes o pequeños deseos. Su vida le ha llevado a un punto en que, de momento, la vida no supone ya para él esfuerzo alguno, en que se le ofrece a sí misma como regalo. La vida le sonríe, y de tal manera que, de momento, también él puede a su vez sonreír. La verdadera alegría llega como el Espíritu Santo —es en realidad el Espíritu Santo quien llega siempre allí donde se da la verdadera alegría—: llega sin que nadie sepa de dónde viene. Cuando alguien se alegra, el tiempo se detiene para él durante un instante. Mientras se alegra, en el fondo sólo quisiera que ese instante alegre durara indefinidamente. Esto, sin embargo, sólo se da en un único caso de alegría: en aquel que la Sagrada Escritura denomina «eterna alegría y deleite» en la comunión perfecta con Dios. Pero este caso sirve de modelo para todo cuanto llamamos alegría. «Me alegro» significa, por lo regular, «me alegro de algo que va a suceder». La alegría suele ser alegría anticipada. Incluso en la experiencia del cumplimiento como tal se suele transformar inmediatamente en alegría anticipada, en alegría por ulteriores cumplimientos. Todo cuanto conocemos y vivimos aquí y ahora como alegría es cumplimiento provisional. La voluntad de alegría debe ser, en todas sus formas provisionales, voluntad de esa alegría eterna: la revelación final de la alegría de una realización vital llevada a cabo en favor nuestro y a nosotros donada.

REFLEJO

NO podemos negar que Dios es espléndido por el modo en que irradia alegría y que, por tanto, todo cuanto él es lo es con belleza. Siempre que se afirme otra cosa, el anuncio de su gloria tendrá en sí mismo algo de peligrosamente triste, sin brillo, sin humor, por no decir aburrido. Dios se brinda a la criatura. Ésta es su gloria revelada en Jesucristo. Y la criatura a la que Dios se brinda puede alabarlo. Allí donde hay luz, es inevitable exponerse a la misma. Allí donde hay brillo se produce un reflejo. En consecuencia, todas las criaturas pueden contemplar que su destino consiste en dar en el tiempo una respuesta fuera de toda proporción, aunque fiel, al júbilo de que la divinidad está colmada desde la eternidad. Lo hacen los ángeles, pero lo mismo hace también la más ínfima criatura, para vergüenza y enseñanza nuestra. El ser humano recupera en Jesucristo su destino, sí, con la promesa de que participará en la gloria de Dios; pero su ingreso en el coro de la creación celestial y terrena es tan sólo el de un rezagado lleno de vergüenza: la exultación de dicho coro nunca quedó interrumpida, pues, si padeció y suspiró, fue siempre y únicamente debido al ser humano, el cual, con inconcebible necesidad e ingratitud, negó la participación de su propia voz en el júbilo que lo rodeaba.

NADA SE PERDERÁ

EL castigo de los «de fuera» me interesa mucho menos que el mío, el que me aguarda a mí. Y éste consistirá, seguramente, en que entonces quedará patente el contraste: por un lado, la realidad de la salvación y la vida; por otro, el poco uso que de ella hemos hecho, lo vergonzosamente exigua que ha sido nuestra gratitud. A este respecto, siempre resulta de lo más saludable pensar primeramente en uno mismo, y desde ahí juzgar la trascendencia de que a esta humanidad y cristiandad absolutamente ingrata se le regale la compasión de Dios: ¡el gran «pese a todo» de Dios! Pues éste será el juicio: el «pese a todo» del Dios misericordioso. Ahí estaremos nosotros con nuestro océano de ingratitud, y Dios dirá: «¡Yo te he amado!». Y todos tendremos que avergonzarnos entonces. Esta pena será verdaderamente eterna: tener que avergonzarnos así; pero avergonzarnos ante la sobreabundancia de la gracia de Dios. Esto significa que a nosotros los primeros, a nosotros y a los ateos y a todos, se nos abrirán los ojos para ver cuántos motivos tenemos para estar agradecidos. La contemplación de la compasión de Dios será nuestra tarea absolutamente inacabable por los siglos de los siglos. Todavía no he mirado detrás del velo, pero no puedo dejar de pensar que allí estará todo lo que una vez fue –incluso la historia de la teología, que quizá sea uno de los rincones más tenebrosos que tengan que iluminarse, e incluso la historia natural, con todos esos bosques hundidos y todos esos animales que vivieron en otro tiempo–. Nada se perderá, absolutamente nada.

ANSIA

MUÉSTRATE siempre en todas partes, Señor, como el Señor de los piadosos y de los impíos, de los sensatos y de los necios, de los sanos y de los enfermos; y también como el Señor de nuestra pobre Iglesia y de todas las demás; como el Señor de los buenos y de los malos gobiernos, de los pueblos alimentados y desnutridos; y también como el Señor de quienes se creen en la obligación de decir y escribir tantas cosas buenas y menos buenas; como Señor nuestro, que de todo nos protege y a quien podemos encomendarnos; pero también como nuestro Señor juez de todos, ante el que hemos de rendir cuentas el día del juicio final y ya hoy.

Dios grande, santo y misericordioso, nosotros ansiamos tu revelación última, que dejará claro a los ojos de todos que todo el mundo creado y su historia, todos los seres humanos y sus historias personales, estuvieron, están y estarán siempre en tu mano bondadosa y severa. Te damos gracias porque ya desde ahora podemos alegrarnos por esa revelación.

Todo esto te lo pedimos en el nombre de Jesucristo, en quien nos has amado, elegido y llamado a nosotros, los seres humanos, desde toda la eternidad. Amén.

Fuentes

Los textos de Karl Barth aquí reunidos han sido escogidos de entre la extensa totalidad de su obra, y en la mayoría de los casos se han impreso abreviados. Los textos originales se pueden releer sin abreviar y en su contexto original en los lugares siguientes:

- p. 9: *Einführung in die evangelische Theologie*, Zürich 1962, pp. 72-74 (trad. cat.: *Introducció a la teologia evangélica*, Edicions 62, Barcelona 1965).
- p. 10: *Die Verheißung. Lukas 1*, München 1960², p. 56.
- p. 11: *Predigten 1954-1967*, Zürich 1979, p. 43.
- p. 12: *Ethik II 1928/29*, Zürich 1978, pp. 444-446.
- p. 13: *Predigten 1921-1935*, Zürich 1998, pp. 355s.
- p. 14: *Predigten 1935-1952*, Zürich 1996, pp. 150s.
- p. 15: *Ibid.*, pp. 151s.
- p. 16: *Die Kirchliche Dogmatik*, tomo II/1, Zollikon 1940 (= KD II/1), p. 727.
- p. 17: *Predigten 1921-1935*, *op. cit.*, p. 354.
- p. 18: *Der Götze wackelt*, Berlín 1961, pp. 159-161.
- p. 19: *Die Verheißung*, *op. cit.*, pp. 56s.
- p. 20: *Predigten 1935-1952*, *op. cit.*, pp. 281s.
- p. 21: *Predigten 1917*, Zürich 1999, pp. 276-278.
- p. 22: *Dogmatik im Grundriß* (1947), Zürich 1977³, pp. 40-46 (trad. cast.: *Esbozo de dogmática*, Sal Terrae, Santander 2000, pp. 45-48.50).
- p. 23: *Ibid.*, pp. 53-56 (trad. cast.: *Ibid.*, pp. 57-60).
- pp. 24s: KD II/2, pp. 32s.
- p. 26: KD III/3, pp. 246s.

- p. 27: «Die Menschlichkeit Jesus», en *Mensch und Menschlichkeit*, Kröners TB 243, Stuttgart 1956, pp. 115ss.120s.
- p. 29: *Predigten 1954-1967*, op. cit., p. 236.
- p. 30: *Ibid.*, pp. 134-136.
- p. 31: *Ibid.*, pp. 190-192.
- p. 32: *Ibid.*, pp. 254.256s.
- p. 33: KD IV/3, pp. 321.403s.418s.
- p. 34: *Predigten 1954-1967*, op. cit., p. 157.
- p. 35: KD II/2, pp. 650s.
- p. 36: KD III/1, pp. 160.170.
- p. 37: KD III/1, pp. 188s.
- p. 38: KD III/1, pp. 198s.
- p. 39: KD III/4, pp. 384-388.
- p. 40: KD III/2, pp. 390.344.347, III/4, pp. 186s.
pp. 41s.: KD III/4, pp. 205.209.213-215.
- p. 43: KD III/4, pp. 313s.319.
- p. 44: KD III/4, pp. 702-704.
- p. 45: KD III/4, pp. 705s.
- p. 46: KD III/4, pp. 708s.
- p. 47: *Predigten 1954-1967*, op. cit., p. 234.
pp. 48s: KD IV/1, pp. 464.459s.469.484s.
- p. 50: KD IV/1, pp. 465.483s.
- p. 51: *Das christliche Leben*, Zürich 1976,
pp. 363-366.378.382.373
- p. 52: KD IV/2, pp. 473s.489.497-499.
- p. 53: KD III/4, pp. 450s.
- p. 54: *Ibid.*, pp. 614-626.
- p. 55: KD IV/2, pp. 462.465.
- p. 56: KD IV/3, pp. 500-506.432.522.
- p. 57: KD III/2, pp. 311s.
- p. 58: KD III/4, pp. 417.419s.423.425s.
- p. 59: *Predigten 1954-1967*, op. cit., pp. 232s.
- p. 60: *Ibid.*, p. 102.
- p. 61: *Gottes Gnadenwahl*, Theologische Existenz heute 47,
München 1936, p. 56.

- p. 62: *Einführung in die evangelische Theologie*, op. cit.,
pp. 112s.115-118.
- p. 63: «Der christliche Standpunkt»: *Unterwegs* 2 (1948), p. 1.
- p. 64: KD IV/2, pp. 605-617.
- p. 65: *Predigten 1954-1967*, op. cit., pp. 263s.
- p. 66: KD III/3, pp. 283s.
pp. 67s: KD III/3, pp. 275s.
- p. 69: *Predigten 1954-1967*, op. cit., pp. 239s.
- p. 70: KD IV/2, pp. 891-895.
- p. 71: KD IV/2, pp. 718s.794; IV/1, p. 839.
- p. 72: KD III/4, pp. 464s.
pp. 73s: KD III/2, p. 642.
- p. 75: KD III/3, pp. 96s.
- p. 76: *Das christliche Leben*, op. cit., pp. 462s.
- pp. 77s: «Freiheit», en *Freiheit*, Polis 7, Zürich 1960, pp. 2-4.
- P. 79: KD III/2, PP. 270-272.290.
- P. 80: KD III/4, pp. 330s.
- p. 81: KD III/2, pp. 299-301.
- pp. 82s: *Ibid.*, pp. 302s.310s.
- p. 84: KD IV/2, p. 690.
pp. 85s: *Gespräche 1959-1962*, Zürich 1995, pp. 352s.
pp. 87s: KD IV/3, pp. 872-874.884-897.890s.1022.
- pp. 89s: *Christengemeinde und Bürgergemeinde*, Stuttgart 1946,
pp. 11-13.25s (trad. cast.: *Comunidad cristiana y comunidad civil*,
Fontanella, Barcelona 1976).
- p. 91: *Eine Schweizer Stimme 1938-1945*, Zollikon 1945,
pp. 73s.76.
- p. 92: *Ibid.*, pp. 327-329.
- p. 93: KD III/4, pp. 524s.
pp. 94s: *Predigten 1954-1967*, op. cit., pp. 215-217.
- p. 96: *Karl Barth – Emil Brunner. Briefwechsel 1916-1966*,
Zürich 2000, p. 358.
- p. 97: *Texte zur Barmer Theologischen Erklärung*, Zürich 1984,
pp. 198.190.201s.199s.

- p. 98: KD II/1, pp. 457-472.
- pp. 99s: KD III/4, pp. 58.78.
- p. 101: KD III/4, pp. 602s.632-635.
- p. 102: *Letzte Zeugnisse*, Zürich 1969, pp. 63s.
- p. 103: KD IV/2, pp. 693s.
- p. 104: *Einführung in die evangelische Theologie, op. cit.*,
pp. 124s.139; y KD IV/3, pp. 1036s.1039.1053s.
- p. 105: *Fürchte dich nicht!*, München 1949, pp. 303s.
- p. 106: KD IV/3, pp. 1063-1065.
- p. 107: KD IV/1, p. 747;
y *Die protestantische Theologie im 19. Jh.*,
Zollikon 1947, pp. 3.8.
- p. 108: KD III/2, pp. 740s.743s.
- pp. 109s: *Dogmatik im Grundriß, op. cit.*, pp. 172s
(trad. cast.: *Esbozo de dogmática*,
Sal Terrae, Santander 2000, pp. 170s).
- pp. 111s: KD IV/4 (fragmento), pp. 217-219.221.
- p. 113: KD III/4, pp. 427-431.438s.
- p. 114: KD II/1, pp. 739.757.730s.
- pp. 115s: Según E. Busch, *Humane Theologie*.
Texte und Erläuterungen zur Theologie des alten Karl Barth,
Zürich 1967, pp. 31-33.
- p. 117: *Gebete*, München 1963, pp. 80s.